

El pacto

LIBRO 1

UN AMOR PROHIBIDO

Martina Bell



El pacto

LIBRO 1

UN AMOR PROHIBIDO

Martina Bell



EL PACTO
Un amor prohibido

LIBRO 1

Martina Bell

El pacto. Un amor prohibido. Libro 1

©Todos los derechos reservados.

©Martina Bell

1ªEdición: Marzo 2019

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

Capítulo 1



No había sonado todavía el despertador, cuando se escuchó fuertemente el timbre de la puerta.

<< ¿Quién sería...?>>

Resoplé enfadada por la hora que era, apenas habían pasado las siete de la mañana y no había quedado con nadie, la única que venía de vez en cuando a tomar un café conmigo, antes de entrar a la revista donde yo trabajaba, era Lola.

Trabajaba desde hacía diez años como periodista en la revista ChicTown, así que estaba acostumbrada a madrugar, pero no con ese pitido tan constante, que no se atrevería a hacer Lola. Recordé algo y resoplé. Quise volverme a dormir, pero me vino a la mente Mark y la forma en la que me había dejado. Ya no me dolía como días anteriores y lo estaba superando por fin, pero sentí esa crueldad instantánea, aunque luego me di cuenta que más que cruel fue valiente, se fue sin dar explicaciones, después de que vivimos una preciosa historia de amor que duró muchos años, desde la época de la universidad donde nos sentimos atraídos. Le encantaba hacer surf, era su vida, además de la fotografía, la música de los ochenta, era muy fiel a sus gustos y tenía una vida muy en armonía. En ese momento volvió a sonar el timbre y puse los ojos en blanco << ¡Que pesadez...!>>

Abrí y me encontré a mi amiga apoyada, desesperada por lo que había tardado en abrir esa puerta.

—Buenos días.

Mi tono era triste y estaba a punto de ponerme a llorar.

—Buenos días —me abrazó—. En el fondo era lo que necesitabas ¿Por qué sigues así?

—Entra, voy a vestirme —dije quitándome la coleta y soltando mi melena larga y morena. Me siguió y me cambié rápidamente. Sabía que Lola estaba de lo más impaciente, cosa que le faltaba mucha paciencia, o mucho peor, nunca la conoció. Por lo que terminé de maquillarme rápidamente. Me miré en el espejo del pasillo, se me veía muy bien con mis leggins y las botas altas. Lola era de cara aniñada y además le gustaba vestir más infantil aún, tenía una preciosa melena rizada y siempre iba impecable.

—Sé que lo echas de menos —dijo.

—Tampoco estoy segura de ello —le contesté poniendo los ojos en blanco y negando con la cabeza, algo que nos produjo una de las muchas risas tontas que nos entraban a nosotras. Desde que éramos pequeñas siempre habíamos estado juntas, era una amistad verdadera de años, era una hermana de corazón. Nos fuimos a desayunar al lugar de siempre, frente al mar, con un paisaje de lo más bonito y relajante, sentadas en aquella terraza tomando el café y el cigarro, ese que no podía faltar en aquel momento. Me pedí como cada mañana mi café solo con la tostada, era mi vital comienzo del día para ser persona, de lo contrario, parecía la niña del exorcista y lo notaba en el humor de perros que me entraba. Mi amiga no paraba de aconsejarme sobre mi estado, de prepararme para vivir sola, que no era nada del otro mundo y, sobre todo, para aceptar que en cualquier momento iba a llegar esa persona que me haría olvidar todo el pasado y me ilusionaría con un nuevo presente. Estaba claro que necesitaba encontrarme, vivir en soledad estos momentos, reconducir mi vida, habituarme a los nuevos cambios. Tenía un buen empleo y una vida por delante, solo era cuestión de volver a dar forma y enfoque a todo, verlo desde otra perspectiva y aceptar que solo era un cambio y no el fin de la vida.

—Se me ha ocurrido algo... —Se puso enigmática —Puedes elegir la ciudad o país tú.

Me sacó la lengua. Esa idea me encantó, me puso contenta, me animó y me produjo una cierta ilusión instantánea en mi vida.

—Miraré algo y te digo —toqué las palmas emocionada.

Lola me dejó en la puerta del edificio y nos despedimos hasta medio día ya que habíamos quedado en ir a comer a un restaurante asiático, una debilidad de la dos. La llegada a la redacción la hice un poco a la expectativa, sabía que la mayoría de los compañeros estarían al tanto de mi ruptura con Mark, ya que era el fotógrafo de la parte publicitaria de la revista, así que

sería el cotilleo de la semana y lo pasarían bomba estando pendiente a nosotros. Los conocía y sabía que la cosa se iba a poner insoportable, pero lo iba a llevar lo mejor que sabía y podía. Comenzamos casi a la vez a trabajar aquí, así que si ese día no tenía que salir a hacer algún reportaje me lo encontraría por los pasillos. Resoplé y comencé a caminar por la redacción importándome una mierda la mirada de los que me iba cruzando por los pasillos. Mientras todos me saludaban de forma apenada, yo me los pasé por el “*arco del triunfo*” y me fui a mi despacho, y justo cuando iba llegando...

<< ¡Maldición!>> Estaba en la puerta de mi despacho, con otro compañero charlando.

—Buenas... —dije entrando a mi despacho.

—Buenos días —respondieron de forma sincronizada. El tono de mi ex era como de indiferencia, como si no me conociera, de lo más extraño y doloroso que me habían hecho sentir. Así que cerré rápidamente y respiré aliviada por estar dentro. No quería ni imaginar cómo iba a llevar a partir de ahora la situación, pero tenía que enfrentarla, aquello no podía superarme ya que, por suerte o desgracia, me lo iba a tener que seguir encontrando por mucho tiempo. Café sobre la mesa y a trabajar, aunque lo primero que vi al abrir el ordenador fue una foto de los dos, de un día muy especial, me dio un dolor en el corazón y la eliminé inmediatamente, ya no pintaba nada sobre mi pantalla. Revisé todo y al tenerlo bajo control me puse a buscar una oferta por Europa y rápidamente, encontré un viaje de cinco días a Roma para el puente de Semana Santa. Me parecía una idea genial, a pesar de que yo había estado, me apetecía que ella la conociera mientras yo hacía de guía, así que la llame rápidamente...

—¿Me echas de menos? —preguntó al descolgar, provocando en mí una sonrisa.

—¡¡¡Roma nos espera!!! —grité emocionada.

—¡¡¡Síiii!!! —Aplaudió mi elección de una manera exagerada. Nos emocionó a las dos, así que nos dispusimos a preparar lo que sería nuestra próxima escapada a la ciudad del amor, a perdernos por la ciudad eterna, por aquellos rincones tan bonitos que tenía aquella ciudad.

Capítulo 2



Los días pasaron demasiado rápidos. Me asombraba de mí misma poder seguir hacia delante sin Mark, estando cada día mejor, aceptando que entre los dos ya no había amor, solo cariño y respeto por lo que habíamos vivido juntos. Me di cuenta con los días, cuando me lo iba encontrando por los pasillos y nos limitábamos a saludarnos fríamente y nada más, no había de lo que hablar, pues el día que se marchó se lo llevó todo, no había nada que repartir ya que el apartamento fue un regalo que me hicieron mis padres. Por fin mi última jornada laboral. Al día siguiente salíamos hacia Italia, así que esa mañana estaba que flotaba y emanaba una felicidad que se notaba a distancia, saludaba a todos los que me cruzaba con una sonrisa de oreja a oreja, hasta el conserje se quedó alucinando al echarme un piropo y yo hacerle un guiño, eso le provocó una sonrisa preciosa. En el fondo, siempre se alegraba de verme sonreír y me decía con respeto muchas cosas bonitas para saludarme. ¿Esto qué cojones es? Vi que tenía una reunión con Paul Castro, para asesoramiento publicitario para el especial que se hacía en su empresa de venta de automóviles de lujo y había pensado en hacer mención a los directivos de su firma.

<<Qué oportuno...>>, pensé mientras encendía un cigarrillo, refunfuñaba y maldecía mi suerte. Yo quería tener un día tranquilito y me iba a tener que comer aquello, así que aligeré para terminar todo rápidamente antes de la reunión.

Sonó el teléfono y era Lola...

—¿Qué te pasa a ti? —pregunté burlona

—¡¡¡ Que nos vamos en unas horas!!! —gritó emocionada y se puso a cantar en italiano.

—¡Qué ganas por Dios! Estoy loca por salir por las puertas de la revista,

hacer un corte de mangas al mundo y disfrutar de este viaje.

—Pues hazlo a dos manos, uno por ti y otro por mí —soltó una carcajada.

—Y a cuatro —reí.

— Bueno preciosa, te dejo trabajar.

—Te quiero, petarda.

—Yo más, mi periodista favorita.

El teléfono del despacho sonó...

—El señor Castro llegó —dijo Sonia.

—Lo acompaño a tu despacho.

—Gracias.

Tenía que ser rápida para que no me dieran las tantas, así que iba a ir directa al foco de lo que quería y largarlo lo más rápido posible. Sonia dio dos golpes a la puerta y abrió.

—El señor Castro —dijo dándole paso y cerrando la puerta. Jamás se me había cortado la respiración por un hombre como me acababa de pasar en ese momento en que sus ojos se clavaron en los míos.

—Gracias, Sonia —dije para indicarle que ya nos podía dejar solos, sin dejar de mirar al señor Castro. Sonrió y vino hacia mí de forma segura, yo me levanté con la misma seguridad que él transmitía y le di la mano de forma firme, sin perder la mirada de sus ojos.

—Siéntese, por favor —dije señalando la silla a ese bombón de metro setenta y poco, con una cara perfectamente marcada y un cuerpo que se veía de lo más fibroso y definido. ¡Estaba babeando con él! Su rostro era serio, pero con una sonrisa que derretía a cualquier ser humano, provocando un cosquilleo en mi barriga constante y un nerviosismo un poco desconocido para mí.

—Tu jefe me habló muy bien de ti y no quise ponerme en otras manos.

—Gracias, es todo un halago —dije mientras esquivaba su mirada que me intimidaba y su rostro hacía que se me erizara la piel. Intentaba borrar los pensamientos que se me acumulaban y que no dejaban concentrarme en la conversación en la que él me explicaba como quería tomar las riendas de la entrevista que quería hacer de modo comercial de su marca. Su tono de voz, gestos, palabras, eran de lo más correcto, educado y respetuoso que imaginé en mi vida, a la vez que se le notaba una nobleza que saltaba a la vista. Me dije a mí misma, que me tenía que concentrar y así pudimos entablar una conversación que nos llevó a tener claro como tendría que quedar el trabajo.

—Te dejo —dijo mirando el reloj—. Ya es vuestra hora de cierre y es la primera de muchas reuniones, al menos eso espero. Me voy bastante contento. No te olvides de mi a la vuelta de las vacaciones —sonrió.

—Te llamo el lunes a primera hora —dije sonriendo y pensando que dejaría para él todas las horas del mundo —¿A las diez te parece bien?

—Por supuesto —y a las siete de la mañana, por él echaba horas extras.

—Genial —me dejó paso para salir de la oficina y entramos en el ascensor juntos.

—¿A ver procesiones? —preguntó por lo de los días de vacaciones y provocó una carcajada en mí. —

No soy muy católica —reí—. Me voy a Italia, precisamente a Roma, unos días con una amiga.

—¡Qué peligro! Dos mujeres en Roma —dijo con ese rostro y sonrisa tan sensuales y seductores.

—Para nada... —saqué el tabaco al salir del edificio y le ofrecí.

—Gracias, no fumo, pero acepto tomar algo ahí contigo —señaló a la terraza de un restaurante en el que yo desayunaba algunas veces.

—Claro —le hice un gesto para ir. Era marzo y hacía un sol impresionante en Cádiz, era lo bueno de este rincón, muchos meses del año eran soleados y perfectos para disfrutar de las terrazas y más, con un tío como él.

— Una cerveza de botellín —dijo Paul sonriendo al camarero.

— ¡Qué sean dos! —le saqué la lengua ya que lo conocía de hace años de sentarme allí.

— Y tú ¿Vas de pasos estos días?

— Nada que ver, relax en casa, deporte y poco más. Además, no estará mi mujer, se va con su hermana a un pueblo y así podré estar a mis anchas —sonrió.

—Este es mi número de teléfono —dije enseñándoselo en el móvil para que lo apuntara—. Es el personal, si tienes cualquier tipo de duda, solo tienes que llamarme. Me imaginé llamándome al no estar su mujer, evité reír con mis pensamientos mientras el anotaba el número y me daba un toque para que me saliera el suyo registrado, también para añadirlo.

— No pongas señor Castro que me lo veo venir, pon Paul, solo eso —dijo provocándome una risa por ese tono informal que quería darle a esto.

—A mí me pones como Paris Hilton, a secas —dije bromeando.

—No será por el color del pelo —sonrió. Un rato después nos despedimos.

— Pásalo genial —dijo cogiendo mi mano y dándole un beso ante mi asombro, ese que por poco hace que se me cayeran las bragas ahí mismo.

—Nos vemos el lunes.

—Claro —sonreí nerviosa.

—Un placer —me dio un apretón suave en el hombro con cariño.

—Igualmente, señor Castro —dije bromeando y sacándole la lengua.

—Paul —me señaló con el dedo y se fue. Flotando, así me dejó, flotando a unos centímetros del suelo, como si no pesara, elevada de mi cuerpo...

-

Capítulo 3



Lola se quedó a dormir la noche anterior en mi casa, así que amanecemos juntas y salimos muy temprano hacia el aeropuerto, pues el vuelo salía a las ocho de la mañana, así que nos fuimos en mi coche mini y lo dejamos en el parking de la terminal. La noche anterior le enseñé la foto de wasap de Paul y se quedó flipada, entendiendo el nerviosismo que ese bombón había provocado en mí desde el momento que entró por las puertas de mi despacho.

— Es un bombazo —dijo mi amiga babeando con la foto.

—Y casado... —puse los ojos en blanco.

—Qué suerte tienen algunas... —soltó una carcajada.

—Podemos hacerla desaparecer —bromeé. Así nos dieron las tantas y ahora andábamos por el aeropuerto como zombis, por quedarnos dormidas hasta tarde. Durante el vuelo me acordé de Mark. Era el primer viaje que no hacía con él, eso me produjo un anhelo y una sensación extraña de pena, pero luché por quitármelo rápidamente de la cabeza, tenía que disfrutar del viaje y afrontar esa primera aventura con alguien que no fuera él.

—Estoy deseando pisar Italia —dijo Lola emocionada mirando por la ventanilla mientras aterrizábamos.

—Es un país que envuelve, te hace volver, te deja algo difícil de describir —respondí.

—Pues nada, otro año volvemos —dijo tocando las palmas al mismo tiempo que el avión tomaba tierra.

Nos pusimos en la cola de los taxis. Después de un par de cigarros, una fila espectacular y unas ganas locas por llegar al hotel, llegó nuestro turno, así que nos montamos y le dimos la dirección del hotel que se encontraba a pocos pasos de la Fontana di Trevi. Después de una buena ducha, nos fuimos a la Piazza Navona a tomarnos unas cervezas y disfrutar de la llegada a esa preciosa ciudad del amor que estaba volviendo loca a Lola, al oír ese acento tan sensual, según ella, aunque tenía razón, atrapaba ese tono que le daban.

—No entiendo por qué no viajas. Tienes una vida cómoda, tres propiedades que te regalaron tus padres y aparte tu propia casa. Con los alquileres, vives toda la vida de lujo y encima la pensión de viudedad —su marido había fallecido con treinta y cinco años.

—No me recuerdes lo que tengo, pero ahora que estás libre, si quieres le damos la vuelta al mundo —me sacó la lengua.

—Te lo recuerdo para que disfrutes, vivas más y te metas en aventuras, la vida es corta y no sabemos que pasará mañana.

— No empieces con los dramatismos —dijo dándole un buen trago a la cerveza.

—¡Paso de ti! —Bebí de forma desesperada mientras ella reía.

—Disfrutemos de este pedazo de día, del sol, de este enclave tan pintoresco —dijo señalando y observando toda la plaza, mientras sostenía la cerveza en la otra mano.

— Sí, esto es vida —dije reclinándome en la silla para que me diese el sol en la cara. —¡Dios mío, si el ambiente es espectacular!, relaja la vista, la mente, todo...

—Debemos de viajar más —dije levantando la cerveza y dando un trago.

— ¡Me apunto! —Levantó su vaso también.

Un rato después, fuimos a pasear y a buscar un lugar donde comer fuera del bullicio turístico. Queríamos algo más autóctono, un sitio donde comiera la gente de allí, así que caminamos hasta llegar a una terraza donde respiraba un ambiente de lo más italiano, además de unos platos sobre las mesas que invitaban a devorarlos.

—En esta mesa, ¿podemos? —preguntó Lola al camarero.

—Tendría que pensarlo... —El camarero se puso el dedo en la mejilla a modo pensamiento —Está bien, toda vuestra —dijo señalando las sillas para que nos sentáramos.

—Muy gracioso, sí señor —contestó Lola irónicamente y provocándome una risa—. El tipo está de muerte —dijo asegurándose que se había ido a atender a otro cliente.

—Es guapísimo y simpático —dije riendo —Anótale tu teléfono en una servilleta y la dirección del hotel —bromeé.

—¡Eso y hacemos un trío!

—Eso mismo —volví a reír como loca. Cada vez que se acercaba el camarero, nos decía algo en broma y nosotras le seguíamos la corriente y lo

poníamos peor. Lola no paraba de decirle cosas y él, no se cortaba ni un pelo, tenía respuesta para todo, de todos los colores y clases.

Mi amiga se fue al baño y estaba tardando más de lo normal, pero me tranquilicé al verla aparecer muerta de risa con una tarjeta en las manos. La puso sobre la mesa y vi el nombre de Francesco, el camarero y su número de móvil.

—¿Se lo has pedido?! —pregunté asombrada.

—Me ha seguido al baño, me ha agarrado del brazo, me ha dado la tarjeta y me ha dicho que dentro de dos días libra y que nos quiere enseñar Roma, y he aceptado —soltó una carcajada.

—Mira, estaremos entretenidas —reí.

— Pos eso, que es nuestro —me sacó la lengua.

— Soy todo vuestro —dijo dándonos un susto al no esperar que nos estaba escuchando.

—¿Lo ves? Te dije que era buen chaval —dijo Lola intentando salir de aquello—. Pues eso, que nos vamos —dijo levantándose y yo siguiéndola.

Paseamos toda la tarde, sin parar, de un sitio a otro, probando helados, pizza y todo lo que nos pillaba por el camino, hasta llegar la noche y nosotras caer rendidas, volviendo al hotel para descansar. Me duché y me tiré en la cama, quité el modo avión del móvil y me entraron varios Wasaps, pero solo uno me llamó la atención, de Paul... “Si de algo me arrepiento es de no haberte besado ayer”

Se me cayó el móvil al suelo y casi caigo yo con él. Lola lo cogió rápidamente y se quedó con la boca abierta a punto de estallar

— Ya puedes contestarle.

—Este se equivocó al enviarlo, no puede ser para mí.

— ¡Qué le contestes! —dijo desesperada y solté una carcajada.

“Buenas noches, aprovecho para saludarte, pero creo que el mensaje no era para mí” Miré a Lola nerviosa y vi como él escribía. “Ay, me equivoqué, le escribía a la periodista más guapa, amable, simpática de todo el edificio ChicTown”

—¡Dios, este quiere tema que te quemas! —dijo saltando sobre la cama. Le escribí lo primero que se me ocurrió.

“¿Estás borracho? ¿Aburrido? Jajaja”

Respondió directo a la yugular...

“¿Aburrirme pudiendo coger un vuelo y seguirte hasta robarte un beso?”

— Tía, te está poniendo a prueba. Dale duro —dijo emocionada ante mi sonrisa de tonta.

“¿Robarme el beso tú a mí? Perdona, no te daría tiempo, si te veo en Roma la que te lo doy soy yo”

Resoplé mirando a Lola que estaba llorando de la risa y sonó de nuevo su respuesta a modo notificación.

“Pasado mañana, te espero a las nueve en la Fontana, luego desayunamos y paseamos. Quiero mi beso, ya tengo la tarjeta de embarque registrada”

Lola se puso las manos en la boca y yo la miré negando que no podía ser, así que le escribí.

“Y yo las tarjetas de un crucero para la vuelta al mundo, ¡jajaja! Estaré, si me dejas tirada, te lo devolveré de la misma manera el lunes”

Mirábamos como tonta como escribía...

“No te contestaré más, nos vemos en la Fontana, a la hora acordada. Hasta entonces...” —Esto es una broma...

— Pues, yo creo que no —dijo Lola con cara de alucine —¿Te imaginas que viene? —dijo asentando con su cabeza.

—No lo creo, pero me muero. Vamos, me lo veo ahí y me da un soponcio —dije apagando la luz de la habitación—. Hasta mañana, esto es mucho para digerir —reí.

—Hasta mañana —estaba muerta de risa. Me dormí pensando en Paul, no me lo podía creer, de la misma manera que me levanté, que lo primero que hice fue mirar mi móvil para saber si eran ciertos los mensajes que había recibido por su parte la noche anterior. Ahí estaban y no me había vuelto a escribir, pero era verdad y no un sueño. Me dieron ganas de escribirle, pero decidí seguir el juego y hacer como la que creía que vendría.

—Me muero de hambre —dijo Lola mordisqueando la tostada.

—Yo me quedaría aquí toda la mañana, vaya vistas más bonitas —me untaba la tostada observándolo todo.

—No me imaginaba esto así, me impresionó mucho desde el minuto uno, es un lugar sin duda, para repetir cada cierto tiempo.

—Es la ciudad eterna, no me canso de decirlo, como mi corazón ahora mismo, eternamente puesto en Paul —solté una carcajada.

—Me da a mí, que va a venir...

—¡Anda ya! ¿En serio lo piensas?

—Totalmente en serio...

—No creo ¿A qué persona se le ocurre tomar un vuelo para ver a alguien que solo conoce de una hora y que puede volver a ver en el mismo sitio que la conoció?

—A Paul —levantó un poco las manos en un gesto de obviedad.

—No lo creo, no lo creo —suspiré. Nos fuimos a pasar el día paseando por el Vaticano y por muchos lugares más, yo haría de guía hasta el día siguiente que Francesco nos haría de guía a las dos enseñándonos seguramente, esos lugares tan desconocidos, hasta para mí.

—Deja de comprar cosas —dije al verla cargada de souvenirs—. Aún quedan días —reí.

— Quiero recuerdos de todo —sonrió feliz—. Por cierto, envía un mensaje a Francesco y queda sobre las diez de la mañana, que me dé tiempo a ir a la Fontana, tirarme un selfi y mandárselo para que vea que yo sí estuve y, ya luego os doy el encuentro.

— Estará...

— Tienes mucha fe —le di un abrazo y nos dirigimos al hotel a descansar pues ya era de noche. Compramos una pizza por el camino y la comimos en la habitación. Me duché y me quedé dormida rápidamente, estaba muerta del día turístico que nos habíamos dado.

—¡Apaga eso! —gritó Lola cuando sonó la alarma del despertador — ¡Quiero dormir más!

—Tranquila, te pongo el tuyo una hora más tarde. Yo me preparo y me voy a mi encuentro con mi amor fantasma. Salí del hotel y me senté en una terraza a dos minutos de la Fontana, me pedí un café que, por cierto, estaba riquísimo y miré el móvil que seguía sin mensajes, estaba segura que me pondría uno diciendo cualquier tontería y disculpándose por la broma. Llegué a la Fontana y miré alrededor, nada, pocos turistas mañaneros y poco más, miré el reloj y pasaban tres minutos de las nueve. Ya tendría que estar aquí o haber avisado, así que puse mi móvil en modo selfi y me dispuse a tirarme una foto.

—¡Joder! —grité del susto al ver sobre la pantalla mi cara y atrás la de Hugo. Me di la vuelta mordiéndome el labio y riendo.

—¿Y mi beso?

Quise que la tierra me tragara de la vergüenza.

—¡No me lo creo! —dije dándole un beso sobre los labios.

— No me permitiría perder la oportunidad de estar hasta el domingo con una chica como tú.

Me dio un abrazo y me sonrojé, bueno, me puse como un tomate y encima me había dicho que se quedaba en Roma hasta el domingo ¡Me lo comía! Estaba guapísimo, llevaba unos vaqueros que le quedaban de muerte, una camisa a cuadros remangada hasta los codos. ¡Yo, babeaba! Tenía la sonrisa floja, se me había caído literalmente la braga, sin duda, estaba más que flotando.

—¿Vamos? —me ofreció el brazo y me agarré a él.

—¡Vamos! —sonreí ruborizada.

Caminamos. Me quedé muda, ¿qué podía decir? Se paró delante de una empresa de alquiler de vehículos y me hizo un gesto para que entrara.

—¿Vas a alquilar un coche? —pregunté extrañada.

—No —sonrió—. Roma es para disfrutarla en Vespa —me hizo un guiño y acarició mi espalda con cariño —¿De qué color quieres la moto?

—Rosa —solté una carcajada y le saqué la lengua. Estaba de lo más nerviosa.

— ¿Hasta cuándo se la quedan? —preguntó el chico de la empresa.

— El domingo la dejo en la entrada del Hotel Piazza.

<< ¿Piazza? ¿Mi hotel?>>

Lo miré y me hizo un guiño con ese semblante seductor, tan dulce, con esa educación que se veía a leguas, me ponía en tensión, de lo más nerviosa. Mi cuerpo no podía con semejante hombre, no sabía que me pasaba, pero mi corazón iba a mil por hora. Salimos de allí con los cascos y nos subimos en la moto que le habían entregado, me agarré a su cintura y me sentí la mujer más afortunada del mundo. Fue directo a Piazza Navona, ya había estado allí hacía dos días con Lola, pero era tan pintoresco y espectacular el lugar, que agradaba ir una y mil veces.

— Dos cafés con un poco de leche y tostadas para dos —dijo al camarero —. Un par de zumos también, por favor.

—¿Para cuántas personas pediste? —Puse los ojos en blanco.

—Necesitamos coger fuerzas —me hizo un guiño y acarició mi mano de forma cariñosa mientras sonreía.

—No sé cómo tomarme eso —dije ruborizada, pero en el fondo conmigo podía hacer lo que le diera la gana, vamos, que no sería yo quien lo frenara. Besó mi mano y retiró la suya para que el camarero pusiera el café, que había traído a la velocidad de la luz.

— ¿Y cómo es que una chica como tú, no tiene pareja?

—Me dejaron hace unos días —solté una carcajada que por poco hecho el sorbo de café.

— ¿En serio? —Su rostro era de incredulidad al verme reír —¿O, es algo temporal? —No, de temporal nada, ya se marchó con todas sus cosas y de forma definitiva.

—Eso nunca se sabe...

—Sí, se sabe, es algo claro y sin vuelta atrás.

—¿Cómo te sientes? —Sujetó mi mano con cariño.

—Ahora mucho mejor, pero he pasado unos días fatal. Fue un golpe repentino, no sé, me dio tristeza, aunque yo le tenía más cariño que amor, me dolió mucho, será que no me lo esperaba —fruncí la frente—. Estaba acostumbrada a él, vivíamos juntos desde hace mucho tiempo y empezar sola..., no sé, se me hizo un poco raro y fuerte.

—Es normal, es un cambio de vida.

Se acercó a mí, metió su mano por mi cuello y me dio un beso en los labios con mucha ternura. Me puse roja y encendida, en esos momentos era una barbacoa ardiente a punto de reventar. Estuvimos desayunando un buen rato, con esa mirada que Hugo clavaba en mis pupilas, con esa mandíbula perfectamente dibujada y ese cuerpo espectacular, sentía que me ahogaba por unos momentos, me faltaba el aire. La Piazza era un espectáculo, paseamos por ella viendo como pintaban cuadros, vendían cosas hechas a mano, arte en todas sus ramas, era una maravilla de lugar, uno de mis rincones favoritos de Roma. Un pañuelo llamó mi atención y lo cogí para probármelo.

—Te queda genial —dijo sacando un billete y dándoselo a la dependienta.

—¡Ah no, me lo pago yo! —resoplé.

— Es para que tengas un recuerdo mío —dijo cogiendo el cambio mientras me sonreía guiñando un ojo.

— Qué mejor recuerdo que tu sorprendente aparición por aquí —levanté las manos riendo. Me atrajo hacia él y besó el centro de mi cabeza, haciéndome flotar, era un ser de otro planeta, no había visto nunca un hombre

así. ¿De dónde había salido? Paseamos hasta la hora de comer, me dijo que íbamos a ir a un lugar espectacular, así que cogimos la vespa y salimos a las afueras de la ciudad, donde se veía más la naturaleza en su esencia. Se metió por un camino de arena y llegamos a la preciosa entrada de un restaurante de lo más romántico. Un cartel de madera nos recibía “Casa Flavio”.

— Esto es una pasada... —dije bajando de la vespa en aquella entrada a modo jardín, y una terraza con cristales para comer. Un camarero nos recibió rápidamente.

—Tengo una reserva a nombre de, Paul Castro —dijo sonriente, el camarero lo confirmó y nos hizo pasar—. Puedes traernos una botella de un buen Lambrusco —dijo sin preguntarme. Me encantaba su seguridad y control. En ese momento, me pregunté que a cuantas mujeres le había hecho lo que hoy a mí, las hubiera sorprendido de esta forma, seguro que tenía una larga cola deseando estar con él, no podía ser yo tan afortunada, aunque volviendo a la realidad, él estaba casado, aunque se me olvidaba a cada momento, me hacía soñar despierta. Solo tenía claro de que estaba ahí con él, se quedaba hasta el domingo y yo pensaba disfrutar de las oportunidades que me pusieran por delante en esta preciosa escapada. Su teléfono sonó y su cara le cambió, me hizo un gesto y se apartó un poco para hablar, le hice una señal para que no se preocupara, no tardó mucho en volver, sabía que había sido su mujer.

—¿Le dijiste que estabas viendo una peli en el salón? —pregunté bromeando.

—Para nada —se sentó riendo—. Sabe que estoy aquí, piensa que de reunión y en mis ratos libres un poco de paseo por la ciudad —me guiñó.

—Miedo das... —solté una carcajada.

—Dame un beso —dijo acercándose y se lo di en la mejilla—. sea, vengo hasta Italia para estar contigo y, ¿solo me das ese beso? —puso gesto de incredulidad. Le di un beso en los labios con cariño y me retiré sonriendo.

— No es que sea de película, pero es el que más me ha gustado —hizo una mueca con sus labios.

— A mí no me compares con nadie —le saqué la lengua.

—No tienes comparación —me hizo ese guiño que tanto me gustaba.

Cada plato que probé era un espectáculo para el paladar. Eso añadido a la compañía de Paul, y las mariposas que no paraban de revolotear en mi

estómago, fue de ensueño. Terminamos de comer y nos fuimos al balancín de la terraza con dos Gin Tonics, apoyó su mano en mi rodilla, con total confianza, cosa que me encantaba.

— ¿Has estado más veces aquí?

— Sí, por motivos laborales...

—Ya —aguanté la risa.

— No seas mal pensada, fue por eso —puso gesto de seriedad, pero con su tono simpático —Quiero proponerte algo...

—Claro —dije esperando a ver de qué se trataba.

—Vamos para el hotel, cogí una suite bastante cómoda con una buena televisión, podemos comprar chuches, pasteles y ver alguna película, hasta la hora de cenar donde podemos pedir que nos traigan a la habitación lo que nos apetezca ¿Qué te parece?

— Acepto, pero te tienes que portar bien —dije señalándolo con el dedo y pensando que ojalá no lo hiciera, aunque me daba vergüenza imaginarme desnuda ante él. Estaba acostumbrada a casi toda una vida con Mark, pero deseaba a Paul, cada vez más. —Puedes estar tranquila —me dio un toque en la rodilla para que nos levantáramos.

Llegando al hotel vi a Lola y Francesco, imaginé que se habían liado y los miré riendo. —Subimos a por una rebeca —dijo Lola para cortar mi pensamiento. Hicimos las presentaciones y les dije que íbamos a ver una peli.

—¿Cuál? —preguntó Lola con sarcasmo. Sonreí le di un beso y les dije adiós, entramos riendo al hotel.

—¡Esta noche no vengo a dormir! —gritó Lola —¡Pero hala!, dale para dentro, que no me echarás de menos —dijo riendo a carcajadas.

Entré al ascensor muerta de risa y Paul, me miraba con esa cara que me ponía de lo más nerviosa.

—Guapa —me dijo en voz baja. Le saqué la lengua y le hice una burla que le provocó otra más de sus preciosas sonrisas.

— ¡Joder! —dije al entrar en su suite, no tenía nada que ver con la habitación que teníamos Lola y yo. Vi unas zapatillas y unos albornoces, le dije que cogía las zapatillas y me quité los zapatos.

— Puedes quitarte la ropa, el albornoz es cómodo —dijo bromeando, pero en plan serio.

— Sí, sí, ahora mismo —dije con sarcasmo.

— O te la quitas tú, o luego lo haré yo —se encogió de hombros y puso un gesto de lo más gracioso y se marchó al baño tan campante. Ese descaro me volvía loca, me hacía mucha gracia, la misma que me hizo cuando salió del baño ya duchado, con un pantalón corto de algodón y su camiseta negra, estaba guapísimo, se me ponía una cara de tonta impresionante.

—Vamos a tu habitación por el pijama, aunque, si quieres dormir desnuda, no hay problema —me guiñó un ojo.

—¿Y quién te dijo que fuera a dormir aquí? —pregunté riendo.

—No es una opción, vamos —dijo señalando la puerta y salimos hacia la mía. Unas mallas negras con la camiseta del mismo color, el bolso y listo.

—¿Ya?

—Sí —sonreí.

—Pensé que llevarías más cosas —hizo un gesto de no entender.

—Piensas mucho, no me voy a trasladar allí contigo —le saqué de la habitación a empujones mientras reía.

—Ya lo veremos... —Me tomó del cuello y me besó la mejilla.

Al entrar en la habitación, vi que habían dejado sobre la mesa una cubierta con una botella de vino, un plato con fresas y chocolate, además de una canasta con una gran variedad de frutas.

—Flipo —dije sacando el móvil para hacerme un selfi con esa mesa para subirla a la red, me encantaba subir ese tipo de fotos, él sonrió mirándome. Sirvió las copas y se acercó para darme una, con su otra mano me acercó hacia él y me dio un beso de esos de películas, que te hacen perder el sentido y te arrastran hasta el alma.

—Puedes dejar la copa sobre la mesa —sonrió.

—Haberme avisado —puse los ojos en blanco.

—¿Te tengo que avisar de todo lo que haga?

—Deberías —solté una risa nerviosa. Me asomé al balcón desde donde se veía la Piazza Navona y me encendí un cigarro.

— Eso —señaló al cigarro—. debería de ser después del orgasmo —dijo en tono serio.

— Ya, pero como no va a haber polvo, me lo fumo ya —me encogí de hombros.

—Muy segura te veo... —dijo pegándose a mí con su copa. Se me cayó

todo, es que se me caía con él, me hacía sentir especial, me ponía nerviosa, me hacía vibrar, tenía la risa floja. Sus manos rodearon mi cintura y volvió a besarme. Me dejé llevar mientras me apretaba los glúteos fuertemente contra él, haciéndome soltar el aire de la excitación que me había producido con ese gesto, enseñándome ese señor tan correcto, su faceta tan sensual. Levantó mi camiseta dejándome sin ella, buscando mis senos con deseo, acariciándolos a la vez que los iba apretando de forma progresiva.

—¿Bien? —preguntó echándome el flequillo hacia atrás.

—Sí... —Casi no podía hablar, sus caricias estaban causando un efecto muy excitante en mí. Sus manos comenzaron a deslizarse por mi cuerpo. En el fondo, me daba una vergüenza que me moría, pero quería dejarme llevar por él. Deseaba que pasara algo más, algo para recordarlo siempre, lo deseaba, era la realidad y más sabiendo que aquello era un juego, que en España él tenía una vida y yo solo era parte de ese momento. Me tomó en brazos y besando mis labios, me llevó a la cama y me puso sobre ella, poniéndose cuidadosamente encima de mí, fue directo a quitarme las mallas. Le agarré la mano.

—Si no quieres, paro —dijo en tono cariñoso.

—Me da mucha vergüenza —dije poniéndome las manos sobre la cara.

—Relájate y confía en mi —comenzó a desnudarme dejándome sin nada ante él. Comenzó a besar todo mi cuerpo y cuando fue hacia mi zona íntima, pensé que me iba a desmayar.

—Aún eso no —dije ruborizada.

— Vale, por hoy lo permitiré —dijo pasando su mano por mi entrepierna —Cuando me digas para, lo haré —besó mi muslo. Sus dedos comenzaron a entrar en mi interior, luego acariciaban mi clítoris. Él, aguantaba con la otra mano mi pierna para que no la cerrara, hasta conseguir que llegara al orgasmo y me revoliera de placer. Abrió mis piernas, se puso un preservativo y me envistió, lo agarré fuertemente por el culo y flipé con esa dureza, tenía un cuerpo impresionante, tocarlo era todo un placer de lo más sensual, su forma rápida y sincronizada me producía un bestial placer.

— No te imaginas lo que me gusta follarte —dijo con ternura, tenía un control sobre sus gestos y palabras que te hacían enloquecer. Esa frase me dejó flipada, no me la esperaba, pero se me quedó grabada todo el tiempo mientras lo hacíamos de mil posturas. Me movía a su antojo y de repente...

— Toma —me acercó su miembro a mi boca con todo el descaro para

que lo lamiera y eso hice mientras apretaba con fuerzas mis pezones y volvía a introducirme sus dedos de forma brusca pero placentera. Volvió a penetrarme hasta llegar a un orgasmo en el que se agarró a mis caderas fuertemente pensando que me lastimaba, tenía una fuerza brutal, pero a mí me encantaba.

—Necesito coger aire —dije mirando hacia la calle.

—Vamos a cenar fuera —dijo abrazándome.

Fuimos a mi habitación, me cambié y salimos, iba guapísimo con un vaquero desgastado y una camiseta blanca bajo una vaquera. De muerte, estaba de muerte. Paseamos de lo más cariñoso, como una pareja más de los miles de turistas que paseaban por esa ciudad, me besaba a cada momento y me hacía muchas muestras de cariño, a mí se me caía todo, parecía de otro planeta, con esa educación y la forma de tratarme. Me daba miedo solo el pensar lo que iba a echarlo de menos en España. Puso su móvil a modo selfi y nos hicimos una foto.

—Como te vea esa foto una que yo sé...

—Tendría un gran problema si toca mi móvil, es mi privacidad y eso es inviolable, pero, de todas maneras, con la clave para desbloquearlo que tengo, no creo que le fuera suficiente con una vida para adivinarlo.

—Pues en la pareja debe haber confianza...

—¿Y?

—Nada —puse los ojos en blanco.

Entramos en una pizzería, queríamos probar esas pizzas de leña que olían desde la otra punta de la calle y nos llevó hasta allí, así que pedimos una, además de unos raviolis.

—Coge fuerzas —dijo señalando la comida y sonriendo.

—Tienes tela. ¿eh? A ver si te piensas que me vas a tener hasta el domingo abierta de piernas.

—¿Hasta el domingo? Será hasta que tú quieras, hasta que te hartes de mí —me hizo un guiño —Tengo una vida por delante, fíjate si dispongo de tiempo —sonrió.

Me quedé muda, fue precioso eso si no hubiese sido porque..., ¿estaba casado? Ese motivo me bajaba de la nube y me hacía volver a la tierra, pero

como lo tenía claro, tendría a Paul hasta el domingo para mí, lo importante era disfrutar. Llegamos al hotel para descansar y cuando el ascensor nos llevó a la planta dijo lo que en el fondo ya estaba deseando escuchar.

—Un minuto para coger el pijama —dijo señalando la puerta de mi habitación.

—Pero...

— Pero nada —no me permitió terminar—. no me hagas hacer las cosas a mi manera —arqueó la ceja.

—Tienes un morro... —solté una carcajada.

—Te lo has buscado —dijo cogiéndome en brazos sin dejar que abriera la puerta, corrió hasta su suite sin bajarme, yo iba chillando como loca.

—Te lo advertí —dijo abriendo la puerta sin soltarme y llevándome directamente a la cama. Me desnudó y se desnudó, poniéndose frente a mí que estaba sentada, tenía un morro impresionante, cosa que me encantaba y acercó su miembro a mí. Se la lamí, mientras veía su cara de satisfacción y sus manos apretaba mis pezones. Se apartó y se agachó de rodillas frente a mí que estaba sentada sobre el borde de la cama. Me abrió las piernas y emitió un ronroneo, me metió sus dedos lentamente para luego comenzar con la otra mano a tocar mi clítoris.

—No las cierres y no te muevas, si te relajas te gustará más —dijo excitado.

—Pero es que eres muy bruto —dije jadeando mientras sus dedos me penetraban fuertemente.

—No me seas monja —me hizo un guiño. Me salió una risa débil, estaba llegando al orgasmo y caí hacia atrás arrebatada. Me hizo señas con la mano, para que me diera la vuelta y eso hice, me quedé inclinada boca abajo con los pies en el suelo y me penetró rápidamente. Comenzó a moverse de manera rápida, apretando mis caderas fuertemente con sus manos, parecía que me iba a arrancar la piel. Cuando se corrió se quedó abrazado a mí unos segundos y luego salió. Me agarró de la mano y me llevó a la ducha, donde lo volvimos a hacer de forma más sensual, siguiendo ese juego de dedos de Paul, que no dejaba de tocarme ni un solo momento. Yo pensaba que era imposible tener dos orgasmos tan seguidos, no me había dado tiempo a recuperarme del primero, pero ahí estaba, mientras el agua caía sobre mí, mientras me doblaba de placer, donde todo era magia. Nos fuimos al sofá y nos recostamos en él, frente a la pantalla de tv, donde comenzó un documental sobre Tailandia.

— Deberíamos ir —dijo produciéndome una carcajada.

—Claro, ponle un mensaje a tu mujer y dile que te vas dos semanas a Tailandia donde va a haber una exposición de coches futuristas. Lo mismo se anima y te dice que te acompaña —le saqué la lengua.

—Cuando tú me digas, se lo comunico —dijo con seguridad —Por lo de acompañarme... No lo pediría —me hizo un guiño.

Pensé, <<ojalá>>, pero algo me decía que este sería nuestros primer y último viaje. Además, una vez que regresáramos a Cádiz, no nos volveríamos a ver en plan escarceo. Esos pensamientos produjeron un largo silencio, con el que nos quedamos dormido en el sofá. Me llegó un mensaje de Lola...

“Me tiembla hasta la campanilla de la garganta, imagino que a ti también. Lo sigo teniendo en mi cama, se cogió el día libre, así que, paso de ti. Por cierto, disfruta ese bombón al que yo también me follaría.”

Solté una carcajada y le contesté...

“A este no hace falta convencerle, se apunta fijo, telita con el niño en la cama. Disfruta, mañana regresamos. Te quiero”

Respondió inmediatamente...

“Si a las nueve no estoy, vete, vuelves con Paul así que, no me da pena por ti. Te recuerdo que tú trabajas, pero yo no.”

Flipando, así me quedé, esta se quedaba aquí fijo y este viaje había dado un giro inesperado a nuestras vidas, no tenía ninguna duda de ello. Le contesté...

“Espero verte pronto en España ¡Jajaja! Ese acento del chico te enamoró como una tonta, espero que no se aproveche de ti. Te quiero”

-
Respondió de nuevo...

“Lo mismo te digo del millonario casado que tienes en tu cama, no te creas nada, solo folla mientras puedas”

—Quiero saber el motivo de esa risa —dijo Paul, poniendo cara de intriga—. Así nos reímos los dos —me levantó—. Vamos a desayunar y ahora me cuentas. Me pegó contra la pared, me quitó las bragas y me penetró mientras me tocaba el clítoris de forma descontrolada.

—¿Y el desayuno? —resoplé.

—Después de estos buenos días —dijo jadeando en mi oído mientras no dejaba de penetrarme fuertemente.

Salimos a desayunar en cuanto terminó de hacérmelo, ni tiempo a recuperarme me dio cuando ya estaba en mi habitación cambiándome de ropa ante su atenta mirada. Pedimos el desayuno y nos trajeron el café.

— ¿Me dejaras algún día hacértelo a mi manera?

— ¿A qué manera te refieres? —hice un movimiento ligero de cabeza.

—Al sexo... —Me miraba de forma penetrante.

—¿Y no lo estamos haciendo a tu forma? —pregunté extrañada.

— No, soy más juguetón, más arriesgado...

—Pues hijo, espero algún día dejarte volar a tus anchas, aunque se nos agota el tiempo. —Eso lo dirás tú —hizo una mueca de desacuerdo. Se tomó el café y me dijo que lo esperara un segundo que iba a coger una cosa a su habitación, estábamos al lado. Lo esperé pensando que su forma de hablar parecía que me dijera que iba a seguir viéndome, parecía como si tener esposa, no le frenara a hacer lo que quería.

—Espero que te guste —dijo poniendo la bolsa de una joyería delante de mí, dejándome asombrada.

—No debías...

—Te lo mereces —señaló para que lo abriera mientras se sentaba y pedía otro café. Era un precioso reloj de color oro con la esfera rosa, precioso, muy chic y moderno, me encantaba.

— Gracias —dije poniéndomelo mientras me acercaba a darle un beso. Desayunamos y nos fuimos a pasear, nos hicimos unas fotos y me propuso coger la moto e ir a un centro comercial.

—No quiero que me compres nada más —me quejé después de ir cargada de bolsas de ropa para ambos.

—Pero, si es para los dos —puso los ojos en blanco mientras colocaba las bolsas a un lado de la mesa de comida rápida donde nos habíamos sentado en

el centro comercial. —Compra para ti, no necesito tantas cosas —reí.

— Ni yo, pero siempre viene bien innovar —dijo eligiendo su menú.

No podía con él, le gustaba llevar las riendas y el control de todo, a mí aquello me encantaba, pero también me hacía sentir un poco de agobio. Me podía permitir comprar sola esos caprichos, tenía un buen sueldo, pero para él, era un atentado contra su dignidad, era feliz pagando.

Llegamos al hotel y me eché en el sofá pues estaba agotada, se puso a mi lado y me puse sobre él, cosa que aprovechó para meter su mano debajo de mi camiseta y pellizcar mis pezones, mientras veía en la tele un documental, esta vez de Paris, algo con lo que bromeó diciendo que también iríamos. Nos quedamos dormidos, literalmente, en coma, con la tele encendida y la conversación a medias. Desperté con las manos de Paul dentro de mi braga, sus dedos entrando en mi interior y su boca en mis pezones.

—Buenos días —dije quejándome.

—¡Uy!, que mal humor con lo bonito que es despertar así —dijo metiendo otro dedo más.

—Bueno, tampoco es mal humor, es que tengo sueño.

—Pues ya nos tenemos que ir —decía mientras seguía tocándome desmesuradamente. Jadeé llegando al orgasmo, era imposible no hacerlo con aquellas manos que sabían causar un placer impresionante. Me abrió bastante para que me corriera ante él y luego me penetró sin darme tiempo a reaccionar, ni a reponerme. Le apreté fuerte la espalda, casi me levantaba con cada movimiento, aquello era todo un momento sexual a primera hora de la mañana.

Miré el móvil y tenía un mensaje de Lola...

“Me quedo, sé que estoy loca, tú no lo estas menos. Te quiero”

Sonreí y la envidié al mismo tiempo, ojalá yo pudiera quedarme con Paul más días. Marchamos hacia el aeropuerto. El taxi nos dejó en la terminal y fuimos directos a embarcar, a lo justo, pero ya estábamos en esos sillones para hacer el viaje de vuelta, donde estuvo de lo más cariñoso y romántico, no me faltó una muestra de afecto y cariño.

—Mañana nos vemos —dijo cuando llegamos al parking donde teníamos los coches. —Por supuesto —sonreí.

—Ha sido un verdadero placer estar estos días a tu lado.

—Pienso igual —le di un beso en la mejilla y me metí en mi coche. La tarde la pasé recordando todo, había sido quizás, los días más intensos y especiales de mi vida, de esos que jamás se podrían borrar por mucho que pasara el tiempo.

-

Capítulo 4



La llegada a casa fue como si se me cayera el mundo encima, ya lo echaba de menos. Puse música y comenzó a sonar una preciosa canción de Eros Ramazzotti, la letra hablaba de preguntarse que quién era él, que era imposible describirle, hablaba de un ángel, así sentía yo a Paul. En ese momento de tristeza me llegó un mensaje de él.

“Guapa, simpática y pasó esos días conmigo en la ciudad del amor. Gracias de todo corazón”

Una lágrima comenzó a brotar por mi mejilla.

“No puedo estar sin ti. Te echo de menos”

Luego me arrepentí de poner ese mensaje, pero ya estaba enviado. Contestó casi de forma inmediata.

“No será para tanto...”

¿No será para tanto? El señor correcto y sus respuestas. Puse los ojos en blanco y cogí un refresco de la nevera, me encendí un cigarro y me asomé a la ventana, tenía una tristeza muy grande, parecía que el mundo se acabase. Pasé el día llorando ¿Qué cojones me pasaba? Ni con Mark lo había pasado tan mal, pues lo único que me daba miedo, era la soledad y empezar de cero. Con Paul, tenía miedo a perderlo para siempre, a no volver a tenerlo entre mis brazos, a no poder volver a disfrutar libremente de él, estaba desconsolada y me sentía muy agobiada.

Casi a la hora de la cena, y con todo ya colocado bien y duchada, miré el móvil y tenía un mensaje de Paul.

“Alba, buenas noches. Mañana tendría que llegar a las diez y media. Lo siento, tengo un cambio, espero entienda el contratiempo y pueda hacer el cambio en su agenda”

Ahora me venía en ese tono de formalidad después de haber estado en Roma, dejándome en pelotas una hora sí y la otra también. Me entró la mala leche y me enfadé, si quería jugar, lo íbamos a hacer. Ahora me trataba de usted, era de risa, muy fuerte me parecía.

“Sin problema señor Castro. Tengo que hacer algo de mayor envergadura e importancia. Reciba un cordial saludo”

¡A chuparla! A mí me iba a venir con esas... Pero de todas formas no se iba a quedar callado, contestó rápidamente. Sabía que como me contestara tanto, me iba a poner tan borde que se iba a pensar si venir a por otra.

“Si es tan importante eso que tiene que hacer, podemos aplazar la cita para más adelante, una semana, un año... O puedo buscar otra persona que tome con la seriedad que se merece mi trabajo. Espero su aclaración”

¿Aclaración? ¡Sus castas enteras! Me estaba buscando y tenía un humor de perros. Este quería que le diera duro y lo iba a hacer.

“Estimado cliente, no tengo como objetivo tirar por tierra su trabajo, pero tampoco desvalorar el mío cuando tengo otros proyectos antiguos sobre la mesa esperando. No creo que sea nada malo que aproveche el hueco que dejó para adelantar sobre ellos y más cuando tienen derecho a ser trabajados con el mismo cariño que pondría en otros. De todas formas, si tiene “alguna” que se lo sepa hacer mejor, adelante. Le deseo de todo corazón que le salga de lujo, SU PUTO TRABAJO. Sin más, Alba”

No me contestó, no vino a por otra y con el dolor de haberme pasado me dormí, con la cabeza a punto de estallar.

Cuando sonó el despertador lo primero que hice fue mirar a mi lado y entristecerme al no encontrarlo, a no tener sus abrazos y sus besos, o sus manos entre mis piernas proporcionando ese placer que solo él, sabía darme.

El vestido me quedaba genial, azul marino con botones de estilo marinero, corto con una cola alta y las botas altas, estaba guapa. Me maquillé y salí hacia la revista, convencida de que no iba a ir, después de mi borde mensaje debía estar odiándome. Me compré un café y me lo tomé por el camino, me apetecía andar, no tenía ganas de conducir. Envié un mensaje a Lola...

“¿Cómo está mi niña? ¿Me vendrás con noticia de boda, o preñada?”

No tardó en contestarme...

“Si me caso, pierdo mi pensión ¡Ni loca! A este lo tengo amaestrado,

jajaja. Quizá vuelva el viernes”

Hasta el viernes... ¡Para flipar! Como la envidiaba.

“Te veo, que te quedas” Le respondí eso justo al entrar en la revista donde ya estaba el portero con una sonrisa y dándome la bienvenida.

—Lunes —contesté mirando al portero poniendo cara de asco.

—Estás preciosa —dijo y le di un beso en la mejilla cosa que le provocó una sonrisa que le duraría al pobre todo el día. Salí del ascensor y se me cambió la cara al ver a Mark, charlando con la recepcionista, como si fuera un extraño para mí.

—Buenos días —me miraron de arriba a abajo con una sonrisa falsa. Seguro que hasta se habían liado, quién sabe si ella era el motivo de dejarme de esa manera tan precipitadamente. Encendí la cafetera mientras negaba con la cabeza, luego ordené el trabajo cuando pasada las nueve me llamó la recepcionista para avisarme de que el señor Castro había llegado. Le dije que lo hiciera pasar y rápidamente sonó la puerta.

—Entra —dije de forma fría, aunque en el fondo, tenía la baba caída. Paul entró decidido.

—Buenos días. Uno por favor —dijo señalando mi café.

Me aguanté la risa, puse los ojos en blanco y pensé el descaro con el que había llegado, ese que precisamente me enamoró, así que puse la cápsula, le hice el café y se lo puse sobre la mesa.

— Gracias —me hizo un guiño—. Así me gusta que actúes, a mi modo —dio un trago y lo puso sobre la mesa.

—Tanto a tu modo, que no entiendo entonces porque no haces tú el folleto de los cojones. Me miró desafiante.

—Por supuesto que se hará a mi manera, pero lo vas a hacer tú.

Su tono era dulce, casi que me hizo gracia, solté una sonrisa.

—En el tiempo que necesite lo haré...

—Eso está por ver... Sacó sus ideas plasmada en papel y estuvimos trabajando toda la mañana en ello, con miradas penetrantes, se notaba la tensión que había entre nosotros, los deseos se palpaban entre esas paredes.

Salimos a la vez de la revista, con la fecha de la próxima reunión ya señalada para el lunes siguiente.

—¿Una cerveza? —preguntó señalando el bar de la otra vez.

—Estoy fuera de horario —le hice un guiño y caminé para irme—. Hasta el lunes —dije marchándome mientras él me miraba con la cabeza afirmando en forma de chasco.

Me arrepentí de no haber ido, pero quería que, si había oportunidad de una nueva cita, lucharla sin poner nada fácil y que pasara de mí.

Me preparé la comida al llegar a casa, con el estado de ánimo por los suelos. Mientras cocinaba miraba el móvil deseando recibir alguna noticia de él. Me senté a comer y me llegó una solicitud de amistad. Le di a ver y... ¡Sorpresa! Paul Castro me estaba pidiendo solicitud de amistad. Casi me desmayo, se me subió la sangre a la cabeza. Esperé un rato para hacerme la interesante, como si no la hubiera visto, una hora después de babear, soñar y de todo, le acepté. Ni cinco minutos y tenía un wasap de Paul.

“Me folla en Roma y es mi amiga en Facebook, interesante... Que tengas un buen día”

Me quedé flipando. Miré su perfil, no tenía publicaciones apenas, era discreto y tenía muy pocas fotos subidas, una con una chica que imaginé por el comentario y por como lo tenía agarrado en la foto que era su mujer. Ella no era como él, a ella se le notaba que le gustaba aparentar, además, era guapa, pija y atractiva. Volví a su mensaje y le contesté.

“Veo que te gusta jugar Señor Castro, o Paul, no sé cómo llamarte. Pero tengo la opción de bloquearte, o de jugar y créeme que soy muy competitiva. Así que lo tengo claro... ¡Qué empiece el juego!”

Café en mano y un rato después, ¡zasca!, otro mensaje de Paul.

“De acuerdo, juguemos, pero eso implicará hacer cosas a mi manera. Me pregunto si estarás preparada para hacerlo, o para descubrir cierto tipo de juegos. ¿Segura de jugar?”

Y tan segura...

“No, no estoy segura, estoy preparada y lista para el combate, “señor correcto”. Creo que no eres tan fiero como quieres aparentar, quizás sea yo la que te dé una buena lección. ¡Qué empiece el juego ya!”

No contestó más en todo el día. A las ocho me fui a la calle a cenar, a

pesar del frío tenía ganas de respirar aire puro. Llamé a mi amigo, una gran persona, Javi. No hablaba con él desde unos días antes del viaje, pero todas las mañanas recibía un mensaje de él, con algún tipo de reflexión. Quedamos en cenar juntos en la plaza, donde llegó antes que yo, como siempre, sonriendo y abrazándome con fuerza y esa ternura que solo él, sabía transmitir. Le conté todo, con pelos y señales. Él flipaba, estaba alucinado, solo sabía decir, ¡wow!, era muy noble.

—Me tienes que mantener al tanto —dijo abrazándome antes de irnos.

—Lo haré.

Le di un beso muy fuerte en la mejilla. Llegué a casa y fui directa a la cama, en esos momentos me llegó un mensaje...

“¿Otro amante? Te vi abrazada a él despidiéndote cariñosamente”

<< ¡Uy lo que me había dicho...!>>

“Yo no me preocupo por saber quién se la metes o no, haz lo mismo tú, veo que no sabes jugar, pero para tu salud mental, te diré que es un gran amigo, que me da la cordialidad que otros me quitan”

Contestó rápidamente...

“Sigue jugando, el viernes veremos quién lo hace mejor...”

¿Qué viernes? ¿Qué quería decir con eso? Nuestra próxima reunión era el próximo lunes. Le envié un mensaje.

“Perdona, la reunión pactada es el lunes”

Tardó en contestar esta vez...

“A las dos en el bar que hay frente a la revista. Nos vamos en mi coche hasta el domingo. Prepárate para conocer a un Paul un poco desconocido para ti, prepárate para jugar...”

Los días parecían meses y encima no tenía noticias de él, no se había dignado a mandarme ni un mensaje y en su Facebook ni se manifestaba, así

que estaba de lo más deprimida. Preparé el jueves por la noche mi pequeña bolsa de fin de semana, con ropa cómoda y bien escogida, con ganas de saber si aparecería o no, aunque si fue a Roma, sabía que estaría en el bar esperándome, seguro.

Capítulo 5



Viernes y... Café en mano, bolsa de viaje y andando hasta la revista, decaída por la falta de noticias que me producía nerviosismo e incertidumbre. Quería estar preparada por si surgía el plantón, me hundiría todo el fin de semana y no podía permitirme pasar ni un día más así. Como un manojo de nervios, así pasé esa fatídica mañana, no la podía llamar de otra manera, estaba fatal, me dolía la barriga, tenía ganas de llorar y sobre todo de abrazarlo, solo soñaba con abrazarlo, era la única realidad. Dos de la tarde y adiós a la revista, fue salir por las puertas y lo vi a lo lejos, sentado con una cerveza sobre la mesa y mirando el móvil.

—Buenas... —sonreí dejando la bolsa y el bolso sobre la silla.

— Hola —dijo levantándose para darme un beso en la mejilla antes de que me sentara.

— Una copa de vino —pedí al camarero que se había acercado.

—¿Qué tal? —preguntó sonriendo cuando el camarero se retiró.

—Pensé que estabas desaparecido en combate, estaba preparada para tu derrota en el juego —sonreí de forma maliciosa.

—Vas apañada... —dijo con esa sonrisa sensualmente provocadora —He pedido una paella y un poco de pescado frito. Cuando comamos salimos de viaje.

—¿Dónde vamos?

—Déjate llevar —dijo en tono provocador, volvía a ser el mismo que en el anterior viaje.

—Por cierto... ¿Qué tal Lola?

—Bueno, ha seguido retrasando su viaje. por lo visto dice que vuelve el lunes, pero no lo tengo bien claro.

—Le llegó el amor —sonrió.

—Eso parece, creo que hay una epidemia —bromeé pensando en mí misma. Un silencio se formó al llegar el camarero, cambiamos de tema y hablamos un poco de una serie que estaban anunciando. Después de comer nos fuimos en su coche hasta...

Zahora, llegamos a Zahora, a un chalet impresionante en primera línea de mar.

—Bienvenida a una de mis casas —sonrió.

—¿Y si viene tú mujer? —pregunté preocupada.

— Es una casa de una de mis empresas, no sabe ni que existe, como esta tengo varias —sonrió orgulloso —Nunca se preocupó por lo que había en inversiones en la empresa, así que...

Me dio un cachete en el culo. Seguro que era la casa donde llevaba a todas, es lo que se me pasó por la mente. La casa era preciosa, una amplia entrada, un salón con cristaleras y terraza al mar, además de una gran chimenea que ya estaba poniendo en marcha. Me encantó la cocina que estaba a un lado, en color rojo, impecable y llamativa. Su dormitorio principal me dejó boquiabierta, estaba mirando al mar con ventanales de cristal, me llamó la atención una vitrina que estaba tapada por paños, los cristales, el baño que tenía la habitación. Toda la casa era una maravilla.

—Puedes poner la ropa aquí —dijo abriendo una parte del ropero de la habitación principal—. Puedes cambiarte, te espero en el salón.

Salió dejándome allí, así que me puse unas mayas negras, con una camiseta blanca. Estaba sirviendo dos copas de champán.

—Por permitir que comencemos a hacer las cosas a mi manera —dijo a mi oído dándome la copa.

—No tengo miedo, siempre puedo abandonar —le hice un guiño. Nos quedamos mirando unos segundos el fuego, a él se le dibujaba una sonrisa en su cara, lo mismo que a mí, me senté frente a la chimenea en un puf de lo más cómodo, él se sentó en otro a mi lado, mirando hacia mí, yo también estaba un poco ladeada mirándolo a él.

—Alba...

—Dime —contesté extrañada por el silencio.

—Desnúdate de cintura hacia abajo y te quedas como estás —dijo mirándome con gesto serio y seductor, tenía una expresión en su rostro que me ponía al límite.

—¿Así de golpe? —solté una carcajada.

—Sí —arqueó la ceja.

Me había dejado sin respiración, me daba mucha vergüenza, pero me lo quité todo de cintura hacia abajo y me volví a sentar. Lo miré sonriendo sonrojada.

— Abre las piernas —dijo señalando con su mano.

Las abrí, se levantó y se sentó detrás de mí, me dejó caer sobre él y comenzó a meterme un aparato mientras con su otra mano, sujetaba mi cuerpo y pellizcaba con fuerza mis pezones. El aparato fue entrando lentamente, era grueso y molestaba bastante, hasta que quedó colocado y empezó a vibrar, lo tenía sujeto a sus dedos con algo, comenzó a meterlo y sacarlo con fuerza. Luego lo dejó fijo con el vibrador y comenzó a tocar mi clítoris. Mientras daba intensidad a la presión de sus dedos en mis pezones, me volví loca, me hizo chillar y doblarme de placer, de gemir hasta llegar a un orgasmo que me dejó casi inconsciente por un momento. Me sujetó contra él, esperando que me recompusiera, luego se levantó y se sentó de nuevo en el otro puf.

—Te toca, cuando coja aire... —dije casi sin fuerzas.

—¿Tú me vas a decir a mí cuándo me toca? —puso los ojos en blanco.

—Tranquilo. ¡Será tonto! Pues nada, orgasmos para mi cuerpo —dije en plan chulesco.

—Así me gusta —dijo en tono sugerente—. Me gusta que entiendas las cosas.

Soltó una preciosa sonrisa.

—¿No echas de menos a Mark, últimamente? —preguntó cambiado radicalmente de tema y sin venir a cuento.

—¿Yo? —sonreí negando con la cabeza ofendida —Para nada ¿Crees que puedo echarlo así de menos? —Me puse la braga.

—¿No intentó nada?

—¿Es un interrogatorio esto? —Levante las manos sorprendida. No

siento nada por él ya en el sentido pasional, fue pasado, ahora nos vemos y saludamos como dos perfectos desconocidos.

—¿Qué tipo de sexo practicabais?

—Anda que tú, hijo mío, menos mal que no has follado, que si lo hubieras hecho... —negué con la cabeza —Última pregunta que te contesto —le señale con el dedo —Disfrutaba, no lo puedo negar, pero era sexo normal, cambios de postura, sexo oral y poco más.

—Háblame de tu familia —dio un trago a la copa.

—Solo tengo una hermana de cuarenta años, se llama Carme y viaja mucho por motivos laborales, está en una ONG. Luego están mis padres, los mejores del mundo entero, sesenta y pocos años los dos. Han vivido bien, mi padre era uno de los mejores inversores de la zona, así que tuvimos una vida cómoda y una mujer que ayudaba a mi madre con las cosas de la casa, ella es cabezona y no le gusta cruzarse de brazos. Ahora están en Alemania con mi hermana, fueron a verla hace casi un mes.

—¿Qué género musical o artista te gusta?

—Muchos —sonreí negando por el interrogatorio—. Desde Hombres G, Cómplices, Freddy Mercury, Malú, Pablo Alborán...

—¿Cuál es ese sueño que deseas cumplir?

—Recorrer el mundo —dije con rostro feliz con solo imaginarlo —Voy a la terraza a fumar un cigarro —dije queriendo escapar.

—Puedes fumártelo aquí —me hizo un gesto para que lo encendiera—. Si te molesta que pregunte puedes pararme.

—No, no tengo nada que esconder.

—¿Quieres saber algo de mí?

—Voy descubriéndote poco a poco, se tu situación sentimental, tu libertad a pesar de tu estado y que eres un hombre exitoso en el mundo laboral.

—Y me estoy descubriendo, viviendo un momento nuevo en mi vida, el futuro se verá.

-
Me cogió la mano, tiró de mí y me sentó entre sus piernas, de espaldas y sus manos entre mis muslos, pensé que iban sus dedos para adentro, pero con su cabeza sobre mi hombro y mirando a la chimenea, comenzó a hablar.

—Casi diez años llevo casado después de estar dos años y pico de novios. Yo era un tipo muy cariñoso, por no decir mujeriego, antes de conocerla, por

supuesto, pero al comenzar esa relación, cambié mi forma de ser. Solo vive para ella, sus compras, sus amigas, viajes por su cuenta, su móvil y las redes, eso, sobre todo, con página incluida de moda. Apenas tenemos sexo, relación, ni nada de amor que nos una. Tenemos sexo como una vez al mes, solo sexo, no hay complicidad, amor, pasión, no hay nada.

Hubo un silencio...

—Una guerra de reproches, de hablarme mal cuando está de mala uva y a veces con ida de cabeza. Por ejemplo, hace poco cogió mi móvil enfurecida y lo estrelló.

—Joder, que faena... Bueno, el tiempo de ir a comprar otro —soltó una risa.

—Que chulo eres —sonreí mirando al fuego mientras sus manos acariciaban mi entrepierna.

—Me encanta la música de los ochentas, los documentales de ufología, viajar, vivir tranquilo...

—Lo que, a todos, vamos... —reí.

—He tenido tres relaciones de poco tiempo dentro de mi matrimonio, dos fueron de una noche y la tercera, me duró dos.

—Vaya marido... —resoplé.

—Pero tú eres diferente —dijo metiendo su mano dentro de mi braga y acariciando mis partes—. Voy a pedir sushi —dijo metiéndome dos dedos, sacándolos y levantándose.

Así era el señor correcto, ese que, a pesar de todo, me hacía vibrar como nadie. Me quedó un poco de bajón, su forma de hablar me transmitía dolor, a pesar de lo que él hubiera buscado fuera de su hogar. Lo que no entendí es por qué seguían juntos, pero eso no era asunto mío.

— Van a tardar un rato, vamos al jacuzzi —me agarró de la mano para levantarme. Nos metimos en ese pedazo de bañera con hidromasaje y nos sentamos frente a frente, mirándonos con complicidad.

—Guapa.

Me dijo en tono flojo con esa mirada brillante. Me pegué a él, y lo abracé poniendo mis piernas por encima suya y él levantándose para sentarme justo encima.

—Veo que siempre te conformas con todo —dijo para mi asombro quitando el pelo de mi cara.

—Cuando me siento a gusto no me importa, pero tampoco es que sea una tonta, que si algo no quiero no hay dios que me cambie lo pensado.

—Me gusta mucho esa lengua que tienes —apretó mis glúteos fuertes y note su miembro duro en mis partes. Bajó una mano y la colocó, me la metió y comencé a subir y bajar con la ayuda y sincronización de sus manos. Me apretaba con tanta fuerza, que pensé que iba traspasarme, pero me gustaba. Un rato después ya habíamos cenado y nos tiramos en el sofá, con esa chimenea que daba tanta paz.

—Te propongo un juego —dijo metiendo la mano por mi camiseta y acariciando mi barriga —Vamos a poner la tele, si sale algo de Europa, nos vamos un fin de semana en breve y si es un destino lejano, nos vamos este verano ¿Te atreves?

—Por supuesto —dije nerviosa por esa propuesta. Tele encendida y...

—¡Tailandia! —Yo había estado allí y era un lugar apasionante —Seré la mejor guía, lo conozco bastante bien.

Cogió su MacBook y comenzó a mirar vuelos.

—¿A mitad de julio?

—¡Sí!

—Salimos el diez y volvemos el veinticinco —me hizo un guiño. Comenzó a rellenar los datos personales y... ¡Listo!

—A mí me dices cuanto es, lo mío lo pago yo...

—Me lo vas a pagar en especias en el viaje —dijo pegándome a él.

—¡Ah no!, a mí no me gusta ir así por la vida —me quejé.

—Ven —me echó sobre su pecho y me puso la mano en el hueco de mi cuello, me besó con cariño la mejilla y me acurrucó para dormir. Era tremendo ese hombre, de lo más pasional, con un misterio que te volvía loca y un tacto que te hacía perder el norte. Desperté a gritos, con Paul entre mis piernas, acariciando y abriendo mis labios para comer y lamer mi interior a sus anchas. Me hizo el mejor sexo oral que había tenido en mi vida, no podía aguantar esa presión. Él, luchaba con mis piernas para que no las cerrara, sin dejar de absorber, sin dejar de hacerme gritar como loca y estallar en un orgasmo que me hizo temblar como nunca.

—¡A desayunar! —dijo obligándome a levantarme y poniéndome la braga.

—No puedo moverme —puse los ojos en blanco.

—Eres una exagerada, el día que te lo haga totalmente a mi forma, te tendré que dejar acostada un mes.

—Pues moriré... —Puse los ojos en blanco siguiéndolo hasta la cocina donde me aupó y sentó sobre la mesa de mármol mientras él, comenzó a preparar el desayuno.

—No morirás, sé hasta donde puedes llegar —me guiño.

—El sexo al fin y al cabo es lo que es, no creo que se puedan hacer muchas más cosas de las que ya hacemos —saqué la lengua —¿No?

—Quítate la braga —dijo señalándome con el cuchillo que cortaba el pan.

—¡Ah no!, yo sigo temblando, no, no —reí.

—O te la quitas tú, o no solo te las quitaré yo, utilizaré además el agujero que creo que nunca usaste.

Se refirió claramente a mi culo. ¡Ah no!, me la quite corriendo y la tiré al suelo, me quede sentada riendo. Cogió un plátano y lo puso sobre la mesa, fue a la mesa del salón y cogió un preservativo, peló el plátano y lo metió en el condón, le hizo un nudo y me lo dio.

—Intenta no cargártelo —lo puso en mi mano, me abrió las puertas y se fue de nuevo a la tostadora y el café.

—No, yo no... —reí nerviosa.

—¿Te lo meto yo mientras te pongo boca abajo sobre la mesa?

—¡No! Contraje los glúteos solo de pensarlo ¡Qué dolor! Me abrí los labios y me lo coloqué. Él, me miraba mientras traía los cafés hasta la mesa donde yo estaba sentada. —Vamos, más adentro, sin miedo —dijo dejándolo todo sobre la mesa y poniéndose delante de mí con los brazos cruzado y la mirada esa de espera.

—Esto es de locos... —dije introduciéndolo un poco más y notando como eso se ablandaba—Me da vergüenza —me sonrojé riendo de forma nerviosa.

—No debería de darte conmigo.

Se acercó y me quitó las manos. Enrolló en su dedo la sobra del condón y lo metió todo lo que pudo, aguantando mi culo con su otra mano. Lo saco y metió varias veces, hasta llegar a provocar excitación de nuevo en mí. Yo rezaba porque no se rompiera, no me quería ni mover, ese era mi dolor de cabeza frente a ese placer. Lo sacó y abrió el cajón y me metió como una

especie de vibrador y me hizo tirar hacia atrás, comenzó a tocarme de nuevo el clítoris mientras eso se movía en mi interior y volví a correrme rápidamente. Me quitó el aparato lo escondió y me hizo levantar.

—Me vas a matar —resoplé.

—No será aún para tanto...

—Aún dice ¡Será! —protesté.

—Vístete, vamos a ir a un sitio.

—A sus órdenes —dije poniendo mi mano sobre la frente. Me puse unos vaqueros super ajustados con unas botas altas marrones y un jersey pegado del mismo color. —¿Destino? —pregunté sabiendo que no me lo iba a decir.

—A casa de los monos.

—¿Qué monos? —solté una carcajada y me encendí un cigarro abriendo las ventanillas hacia abajo del todo. Subió la radio y pasó de contestarme, hasta que un rato después me reí al entrar por la frontera de Gibraltar, ahora entendía lo de los monos. Paseamos un rato y luego entró en una joyería, tenía que comprar una alianza con unos brillantes pequeños y me pidió que le ayudara con la elección, hasta me la probé en la mano pensando la suerte que tenía su mujer. Para irles tan mal, la cuidaba mucho. Le anotó al joyero el nombre y una fecha que no vi, para que se la grabaran. Un rato después salimos de ahí con su regalo en la mano y nos fuimos a pasear por Main Street, pero yo me sentía mal, en el fondo me dolía que hiciera eso delante de mí, aunque no podía reprocharle nada, demasiado bien se portaba conmigo. Más tarde entramos en otra tienda y escogió un precioso mantón de Manila. A mí me encantaba el flamenco, inclusive bailarlo, él lo sabía y no se daba cuenta de que esos regalos delante de mí, a su mujer me producían dolor, pero mucho, un dolor innecesario. Salimos de la tienda con una preciosa bolsa más, todo para su puta mujer... Compró dos cartones de tabaco y me lo regaló, estuve a punto de partírselo en la cabeza, pero me contuve, me provocó hasta risa, no era para menos, pero me mordí la lengua. Recordé que a ella le regalaría eso, pero a mí me iba a dar unas espectaculares vacaciones en Tailandia. Pasamos el día comiendo y tomando cervezas por allí, a la vuelta en el coche me hizo un comentario que me dejó de piedra...

—Ojalá te hubiese conocido antes que a mi mujer...

Me quedé helada, ni pude contestar. Llamó por teléfono a un restaurante para que nos trajeran comida italiana a las nueve, eran las siete y ya estábamos de regreso en la casa. —Ahora toca que te desnudes y te pongas

boca abajo en la cama. Me quedé con la boca abierta, mirándolo mientras con la mano exigía que lo hiciera y lo hice.

—No levantes la cabeza —abrió mis piernas y escuché como cogía algo, seguidamente me tapo los ojos con un pañuelo poniéndolo alrededor de mi cabeza. Intenté relajarme y disfrutar de ese momento, de esos que él llamaba “a su manera”, ya era hora que disfrutara de todo y se me pasaran tantos miedos que revoloteaban por mi cabeza. Sus dedos se metieron dentro de mí con un buen pegote de gel, noté como arrimaba un sofá a la cama y se sentaba frente a mí, yo boca abajo, pero mis piernas a cada lado de él, teniéndolo muy cerca de mis zonas íntimas. Comenzó a tocarme con un vibrador por el clítoris mientras me introducía otro aparato por mi parte delantera, con rapidez y movimientos un poco brusco haciéndome chillar en un orgasmo que me dejó muerta.

—La próxima vez vamos a ir un poco más lejos —dijo levantándose para ir al salón y haciéndome señas después de quitarme el pañuelo.

—A Tailandia —dije sin aliento.

—Ya me entendiste...

Me entró un fuerte dolor de vientre en ese momento que hizo encogerme, fui al baño y me había venido el periodo, Paul me abrazó sonriendo y diciendo que me había salvado por ahora de una buena. El fin de semana había sido espectacular de lo mejor del mundo, cuando me dejó en la puerta de mi casa me entró una depre increíble, aunque al día siguiente lo vería en la revista a las diez.

Capítulo 6



Vuelta a la realidad, así que me dirigí hacia el trabajo y me aliviaba el saber que Paul, aparecería por la oficina. Comenzaron a llegarme mensajes de todo Dios, en ese momento, recordé que era mi cumpleaños.

—¡Feliz cumpleaños! —dijo el portero al verme, sonriendo, no se le pasaba una. Le di un abrazo fuerte, le tenía mucho cariño. Subí en el ascensor y la recepcionista me dijo que me habían dejado algo sobre la mesa, así que entré con curiosidad y vi una rosa con una nota, al lado una caja mediana, muy bien envuelta. La nota era de Paul, como todo.

“Este Facebook es un chivato, así que disfruta de tu día. Te tengo muy presente. Felicidades, mi Alba”

Me emocionó eso de, “mi Alba”. Abrí la caja y se me saltaron las lágrimas. Eran las bolsas de Gibraltar, alianza y mantón, eran para mí. ¡Imbécil!, me dije mil veces por haber pensado de otra manera cuando compró todo eso. Otra nota más amplia dentro de la caja, despertó mi curiosidad.

“Alba, no puedo explicar todo, quizá mereces otra vida mejor que la que yo intento darte desde que te conocí, regalándote momentos que espero que alegren tu día a día, como alegran los míos. Esa alianza quizá no es la de un compromiso formal y sin una historia atrás, pero sí para que siempre sepas que quiero que estés en mi corazón todos los días de mi vida. Ya te echo de menos”

El teléfono sonó y me dijo la chica que ya estaba Paul, le dije que lo hiciera pasar.

—Te mato —dije al verlo y fui a darle un abrazo—. Me encantó.

—Toma —puso sonriendo un sobre en mis manos. Abrí el sobre que

contenía una caja fina rígida y dentro un bolígrafo de Swaroski en acero y malva, con sus cristales de la firma.

—Esto es demasiado —dije mirando esa preciosidad.

—Quiero que sea tu bolígrafo personal y que siempre te acuerdes de mí. Y ahora toca trabajar —me hizo un guiño.

Flotaba, esa era la palabra, con mi alianza en el dedo y mi bolígrafo plasmando su proyecto, hasta que nos dio las dos de la tarde y me invitó a comer al restaurante frente al mar que tanto me gustaba. Al llegar casi me da algo, Lola y Javi estaban allí esperándonos, miré a Paul asombrada.

—Facebook es un chivato —se encogió de hombros riendo—. Te hace contactar con cualquier persona.

—Este chico vale su peso en oro —dijo Lola.

—Es verdad —confirmó Javi.

—El jueves me voy a Roma, que tengo que celebrar el cumple de Francesco —me sacó la lengua.

Lola me dio su regalo, lo había comprado en Italia, un precioso collar de cuero con una gran piedra típica de allí, en cristal de murano.

—Es precioso —dije colocándomelo y enseñándoles la alianza en mi dedo, que me había regalado Paul y que mis amigos fliparon mirándola. Javi me había comprado una pulsera de Tous, estaba encantada con cada uno de los regalos. Comimos y tomamos luego un café con tarta, fueron dos preciosas horas que pase con ellos hasta que nos despedimos y fuimos hacia mi casa donde me dejaría Paul.

—El lunes tenemos una cita laboral —me hizo un guiño y besó mi mano.

—¡Claro! —sonreí sabiendo que no me iba a decir nada de quedar personalmente, su misterio lo hacía hacer todo a modo sorpresa. Me tiré en el sofá hasta luego irme a la cama, ni cené, iba a reventar con la comilona que nos habíamos dado. Estaba feliz con el día de hoy.

Capítulo 7



Jueves, anímicamente por los suelos, tristemente por no tener noticias de Paul desde el lunes, eso me dejaba de lo más decaída. Llegué a la oficina, revisé el Facebook y él aparecía como si hubiera estado conectado, así que se me ocurrió algo y puse un post, además que pensaba hacerlo de verdad.

“Sin planes. Me voy el fin de semana a Marruecos a desconectar”

Desde Tarifa se tardaban unos cuarenta minutos en ferry para llegar a Marruecos, allí estaba la compañía FRS, mi preferida para cruzar al otro continente. Quería ir a Chaouen, un pueblo a dos horas en coche de Tánger, en las montañas del Ref, donde sentías que el tiempo estaba parado muchos años atrás, predominando en sus calles el color azul claro, haciendo de aquel lugar, un enclave de magia difícil de encontrar en otro lugar del mundo. Me llegó la primera notificación de que, a Paul Castro, le gustaba mi publicación. Lo vi como algo provocador, no sé, pero me puse muy triste. Llamé a Javi.

—Me quiero ir Mañana a Chaouen ¿Te vienes?

—Claro, ¡cómo no! —dijo tan dispuesto como siempre.

—Te recojo cuando salga del trabajo.

—Ok.

No volví a saber ese día, nada de Paul, me preparé la bolsa de viaje y me acosté con una sensación tan fea que me ahogaba. La mañana del viernes la pasé con la cabeza ida, con un agobio impresionante, deseando cruzar ya a Marruecos y llegar a ese pueblo. Salí del trabajo, recogí a Javi y salimos directos a Tarifa donde dejamos el coche y nos montamos en el Ferry. Pasamos el trámite de visado en la policía marroquí dentro del barco y nos fuimos al exterior, el día estaba precioso, abril había entrado de lo más soleado y con una fuerza casi veraniega. Me fumé un cigarro mientras miraba la alianza y el reloj que me había regalado en Italia. Los recuerdos se agolpaban en mi cabeza y me sentía como si me hubieran desgarrado el alma. Javi notó que estaba mal y me abrazó con cariño. Sonreí al momento de

llegar a Tánger, desde la terraza del barco viendo allí La Medina, aquella sobre la ladera de roca, era impresionante, parecía que el mundo había retrocedido muchos años atrás, era una sensación que me encantaba. Salimos y cogimos un taxi que nos llevó hasta Chaouen, directos al hotel que nos gustaba, en una esquina de la plaza, con un restaurante de los más codiciados del pueblo. Me conecté al wifi mientras tomábamos un té con pasteles típicos de allí, miré el Facebook y me quedé con cara de gilipollas al ver como Salma lo había etiquetado en una foto que salían los dos de los más de portada de Hola, encima con un comentario de “Pareja de cine”, mejor debió poner de comedia, porque eso eran, una película cómica. Paseamos perdidos por la calle un buen rato, tiramos fotos y nos encontramos a Ama, un chico que conocía de allí desde hacía varios años, así que, con él nos fuimos al restaurante, nos hicimos una foto y la subí al Facebook. Nos fuimos a dormir y quedamos por la mañana con Ama. Cuando bajamos, nos estaba esperando para desayunar. Entré a Facebook y vi un post de Paul. “Echándote de menos...” Sonreí sabía que iba a por mí a pesar del comentario que le había puesto Salma. “Mañana llego mi amor” Estúpida, pensé, ni que fuera por ella, ahora estaba rallada y encima no tenía ni un mensaje de Paul, para matarlo. Di un sorbo al café y puse un post. “No puedes extrañar a alguien que no se lo haces saber” A la mierda, ahí la llevaba, si quería juego, íbamos a jugar.

Pasamos el día de compras, tomando té, más fotos que subí una especial y graciosa al Facebook y no llegamos al hotel hasta por la noche. Al conectarme en la red vi que Paul, había reaccionado con un, “me entristece” a mi publicación de extrañar a alguien, me dejó rayada. A la mañana siguiente seguía sin noticias de él, pero tenía la esperanza de volverlo a ver en mi trabajo.

Capítulo 8



Esperaba aquel día ver a Paul, me conformaba solo con la reunión, me puse lo más mona posible, pero sin llamar la atención y fui hacia la oficina andando, no sin antes comprar el café para tomar por el camino. Llegué a la revista y la recepcionista me partió en dos.

—Buenos días, llamó el Señor Castro, por ahora anula el proyecto, no es por nada personal con la empresa, pero necesita unos cambios en la suya y luego reconducir la salida del ejemplar.

—Gracias —fui hacía el despacho, puse los pasteles que le había comprado en Marruecos a Paul sobre la mesa, le tiré una foto y lo subí al Facebook con una frase. “Eran tuyos, como yo también lo fui un día” Me puse a llorar, me llegaron comentarios preguntando que me pasaba, pero yo pasaba de contestar. No me podía creer que desapareciera de mi vida de esa manera tan ruin e inhumana. Lloré mucho esa mañana. Recordé como si fueran diapositivas todo a su lado, Italia, Zahora, Gibraltar... Me quité la alianza, no la quería ver en mi mano y la metí en la cartera. Salí con los dulces en la mano, al menos me los comería yo para ahogar las penas y de repente escuché a mi amiga Lola a lo lejos.

—Trae para acá, mira que poner eso en el Facebook para él, estos son para mí —dijo comiéndome a besos y quitándome la caja de dulces.

—Vamos a emborracharnos —me agarró del brazo y tiró de mí. Fuimos al restaurante y pedimos pescado con una botella de vino.

—Esto me está matando —me eché a llorar.

—Tranquila —dijo acariciando mi mano. Sacó su móvil y sacó un selfi de las dos, lo subió al Facebook y me etiquetó. “Si tú estás mal, yo lo estoy. Si tú estás feliz, yo soy feliz. Si tú te caes, yo recojo todos los trocitos y los recompongo”.

Me puse a llorar más todavía al leerlo.

—Le dio un, “me gusta” —dijo Lola mirando el Facebook refiriéndose a Paul.

—Le gusta jugar —dije enfadada.

—No estás sola —tocó mi mano.

—Gracias. En fin, qué le den... ¿Qué tal con Francesco? —pregunté cambiando de tema.

—Genial, es un tipo limpio, la casa siempre reluciente, con una personalidad y un humor brutal, además tiene una exquisita educación ¡Me pone a mil!

—Cuánto me alegra —sonreí con la descarada de mi amiga.

—Se va a venir una semana ahora a principios de mayo.

—Joder, que buena noticia —dije feliz de verla con esa preciosa sonrisa.

—Sí, me encantaría que se viniera aquí a vivir, pero eso se verá con el tiempo, a él no le importaría montar un restaurante italiano por aquí.

—Me encanta la idea —le saqué la lengua. Terminamos de comer y nos fuimos a un centro comercial de compras, era una buena terapia para quitar agobios.

—Mañana tomamos café —dijo dándome un beso en la puerta de mi casa.

—¡Hecho! —la abracé.

Semanas de desesperación por la lentitud con la que transcurrieron, echaba hasta horas para tener la mente ocupada. Los fines de semana hacíamos planes Javi, Lola y yo, estaban en todo momento conmigo. Mis padres, pobres padres, me veían decaída y pensaban que aún me intentaba recomponer de mi ruptura con Mark. Paul, no dio señales de vida, era como si la tierra se lo hubiera tragado, era triste, doloroso, pero una realidad, me había sacado de su vida de un plumazo. Me volqué en leer, me hice un curso desde YouTube de bailes latinos y empecé a hacer un poco de deporte, lo necesitaba, mis horas sentada en la revista estaban pasando factura a mi culo. Dejé de lado las redes sociales, con el paso de las semanas cada vez lloraba menos, pero no por eso no dejaba de echarlo de menos. A mi ex, me lo iba encontrando por los pasillos. De vez en cuando intercambiábamos algunas palabras, fuimos normalizando esa tensión que llevábamos anteriormente. Una mañana llegué a mi despacho y tenía una carta de Mark sobre la mesa.

“Alba, he esperado el tiempo suficiente para escribirte esta carta. No he

tenido fuerzas hasta ahora que ya me siento más libre para hacerlo. Siempre te amé con todas mis fuerzas, nunca dejé de hacerlo, estaba seguro que eras la mujer de mi vida y con la que quería pasar el resto de ella. Pero un día vi que tu mirada dejó de brillar, no estabas enamorada de mí, solo era cariño y admiración, me costó asumirlo, así como la decisión de dejarte volar. Sabía que para que fueras completamente feliz, tenía que dejarte volar, si no, tu nunca lo harías, pero nunca conocerías la felicidad absoluta como la conocí yo contigo y a la que tenías derecho a sentir. Todo lo hice por ti y ahora espero que seas la mujer más feliz del mundo y encuentres ese motivo para que nunca deje de brillarte los ojos. Espero que cuando necesites algo, vengas, siempre estaré dispuesto a ayudarte. Te quiere. Mark”

¡Joder! Vaya mensaje. Lloré, era el acto de amor más bonito que se podía describir tras esas palabras. Me impresionó mucho. Durante todo el mes mayo me estuve yendo a la playa después de trabajar, luego me ponía con mis actividades, necesitaba sentirme realizada y quitar el máximo tiempo a Paul de mi cabeza, ese que se alejó para no volver, que se olvidó de mí de la manera más fulminante que jamás imaginé. De vez en cuando entraba a la red, Salma seguía etiquetando a Paul en algunas publicaciones, pero él nunca contestaba. Se acercaba mi mes de vacaciones que eran en julio, sin planes, pero seguro que algo se me ocurría y lo disfrutaría de alguna manera. Me acordé que en mi correo tenía los billetes de avión a Tailandia, me reí sola de mi ocurrencia. Qué le dieran por saco a Paul, pero antes de perder los billetes, me iba yo sola. Llamé a la compañía y me dijeron que ni estaban anulados, ni admitían anulación, que en caso de no presentarnos se perdían y ya. De perder, nada. Que me iba, me iba, así que lo pensaría seriamente y me plantearía esa posibilidad. Tres días antes del límite para irme, aun no lo tenía decidido, pero entré a Facebook y vi un post de Paul.

“Viajando, es la única forma que tenemos el ser humano de encontrar las respuestas”

Así que según entendí, estaba de viaje seguramente con su mujer, yo me iba a subir a ese vuelo a Tailandia, (por mi vida que sí). Seguro que conocería gente, era un país muy mochilero, así que me iba a la aventura. La noche anterior al viaje cambié mi estado de Facebook. “Me voy a encontrarme a mí

misma, no hay mejor forma de hacerlo que viajando” Blanco y en botella...
¡Chúpate esa!

Capítulo 9



Llegué al aeropuerto de Jerez, atacada de los nervios, casi llego tarde por culpa de no encontrar la llave del coche. Metí las maletas que llegarían hasta Bangkok, yo tenía que cambiar de vuelo en Madrid, pero de las maletas se encargaban ellos. Pasé el todo vuelo durmiendo. Cuando llegué a Madrid salí a fumar un cigarro, aún faltaba un rato para el siguiente vuelo. Volví a entrar para pasar por la zona internacional y me fui directa a la puerta de embarque, al ser el billete en primera clase casi ni tuve que esperar. Me acomodé en mi asiento que era alucinantemente amplio, eso de ir en primera era la “hostia”, ahí pasabas un vuelo de lo más cómodo. Los pasajeros iban pasando a la zona turista, en primera solo había un matrimonio en la otra fila de ventanilla, así que iba prácticamente solo. Me puse los cascos y miré por ventanilla.

—Perdón —escuché una voz y me quité los cascos mientras me giraba.

<< ¡No me lo podía creer!

No pude ni responder, allí estaba Paul, tan guapo como siempre y sonriendo. Se sentó a mi lado y volví a mirar por ventanilla, las lágrimas estaban a punto de salir, no quería que me viera llorar y menos aún, le pensaba hablar. No se iba a pensar que ahora, de repente, iba a volver a poner de nuevo patas arribas mi vida. ¡Ni de broma!

—¿Qué tal estás? —me volví y le puse cara de mala idea y volví a girarme para mirar por la ventanilla —Aquí estoy, como te prometí, jamás prometería algo que supiera que no podía cumplir. Aunque no me hables, no me pienso separar de tu lado.

Siendo justa, tenía razón, nunca me prometió nada que luego no hubiese cumplido, pero eso no iba a borrar el dolor que había provocado en mí todo este tiempo. Paul se pidió un vino y yo, una botella de agua, luego nos trajeron la comida. Yo seguía en silencio, no pensaba abrir el pico para nada, notaba que Paul me miraba todo el tiempo, mientras yo me hacía mil

preguntas en mi cabeza, a él no se las pensaba ni preguntar, eso lo tenía claro. Tomé una pastilla de las que llevaba para dormir, así que caí redonda y cuando desperté, estaba cubierta por una manta, obviamente me la había puesto él.

—¿Descansaste?

Preguntó al verme abrir los ojos. Me dieron ganas de reír al pensar en la cruz que le había caído a este. Si pensaba que iba a contestar, o hablar con él, iba apañado. Sabía que iba a estallar en un momento y si lo hacía, se iba a liar la de Dios, porque me conocía, por lo que decidí contar hasta cien antes de tener problemas, aunque sería difícil si lo iba a tener pegado a mi culo, cosa que quería evitar, al menos delante de cara a él. En mi interior, lo amaba y me sentí la mujer más feliz del mundo al verlo en el avión, pero no podía rebajarme ni bajar la guardia, me había hecho mucho daño y no lo iba a subsanar solo con aparecer esos días. Bajamos del avión y me seguía como un guardaespaldas, cogimos las maletas y pasamos el control. Me fui a un taxi y el metió también sus cosas, resoplé fuerte para que me viera y me senté de copiloto para no hacerlo a su lado, así que se sentó detrás.

—Por favor, a Khao San Road —dije al conductor.

En Khao San Road había mucha vida, todo el turismo más bohemio, además de ser uno de los escenarios de la película, “La playa” de Leonardo di Caprio, y el gran ambiente que se vivía en el atardecer en esa calle. Llegamos y paró en la puerta del hotel donde yo tenía la reserva. Paul, me seguía como perro que sigue a su dueño, encima se plantó en mi habitación, pero bueno, exigí dos camas y listo. Además, él estaba acostumbrado a hoteles de lujo y este era de lo más humilde, así que a ver lo que aguantaba en ese lugar. Me senté en la que iba a ser mi cama y abrí la maleta, apenas eran las ocho de la mañana, el cambio de horario era brutal, lo mejor era dormir un rato, así se lo hice saber.

—Lo que usted diga —puso su mano en la frente haciendo el saludo militar. Me provocó una sonrisa que tuve que evitar mostrarle, no se lo iba a poner nada fácil, estaba muy dolida con él. Me duché y luego lo hizo él, cuando volvió yo ya debía estar dormida porque ni me enteré. Desperté cerca de las tres de la tarde, vi a Paúl en la ventana leyendo un periódico que había cogido del vuelo.

—Hola —sonrió. Hice un gesto de saludo con la cabeza, la boca no la

pensaba abrir aún. Fui al baño a asearme y vestirme, él ya estaba listo y esperándome, con un pantalón blanco informal y una camisa de manga corta muy casual. Me encantaba su porte y gusto con la ropa, se me caía la baba, pero no se lo iba a transmitir, para dura yo, como una roca de granito. El hotel había sido reservado por tres noches, las cuales la pagamos Paul y yo, no pensaba discutir ni por asomo. Paseamos un poco y paramos frente a un restaurante que tenía una pinta espectacular y decidimos entrar en él. Yo seguía sin hablarle, por supuesto, pero en lenguaje de gestos era la número uno, por lo que señalé con los ojos la mesa que quería, con unas cristaleras donde se podía ver el bullicio de los coches y el ir y venir de la gente. Me miraba y sonreía con tristeza durante toda la comida, yo le hacía muecas de pasotismo y de ponerle la situación bien difícil. Si él había venido a pasar unos días de pasión a Tailandia, se iba a tener que ir a que le hicieran un masaje con final feliz, conmigo la iba a llevar clara... Al salir del restaurante me encendí un cigarro mientras él, abonaba la cuenta, aproveché para parar una moto con sillón atrás y techo llamada tuc-tuc, era la mejor forma para desplazarse por Bangkok, pero es cierto que la más acojonante debido a la velocidad y la de vehículos que transitaban en esa ciudad. Paul me miraba con cara de temor, haciendo gracia, pero yo lo seguía mirando con desprecio, no me salía otra cosa, a pesar de desear besarlo y perderme en esos brazos que tanto amaba, pero no, no podía ni debía hacerlo. Llegamos a un mercado y me paré frente a un precioso bolso, era un deleite para la vista, no me dio tiempo a preguntar el precio cuando él, lo cogió y le dijo al chico que lo preparara para llevárnoslo. Me hice la loca, si lo quería comprar que lo hiciera, me daban ganas de darle un beso de agradecimiento, pero no, mi cara seguía con ese gesto indiferente a todo lo que tuviera que ver con él. Con el daño que me había hecho con su ausencia, no merecía que le mirara y mucho menos de que le hablara, las cosas no se solucionaban a golpe de tarjeta. Seguimos caminando y Paul, me hizo señas para entrar en un rascacielos sorprendente, tomamos el ascensor y llegamos a la última planta que era un lugar de copas impresionante, con la ciudad a los pies, se veía de forma que impactaba. Pidió sin preguntar, puso mi cerveza delante de mí y nos quedamos apoyado en un rincón, mirando la ciudad. De repente, noté como cogía mi mano y un cosquilleo de flaqueza recorrió mi estómago.

—Todo lo que hice fue por ti —dijo mirándome con tristeza.

—¿¿¿Por mí??? —resoplé con fuerzas.

—Por ti, solo por ti, ahora no lo podrás entender, pero te garantizo que un día te darás cuenta que fue por ti y de la mejor manera que supe hacerlo.

—Te lo voy a decir de la mejor manera —cogí aire antes de explotar, me veía venir y me conocía—. Me has hecho tanto daño, que no imaginas el alcance de ello, no voy a volver a creer en ti y mucho menos, en tu forma de hacer las cosas. Por mí, no tienes que hacer nada —recalqué.

—Me gustaría poder contártelo todo, el motivo de mi actitud al hacer las cosas, pero no es el momento, sinceramente y para no mentirte, ni siquiera estoy preparado para contarte el dolor que llevo pasado los últimos años de mi vida, pero créeme que será a ti, a la primera persona que lo haga cuando me sienta con fuerzas y capaz de contarlo.

—Pues sinceramente, me gustaría saber qué es lo que te ocurre.

—Si te lo contara ahora, estoy convencido de que no entenderías nada, sé que más adelante si lo harás, inclusive me darás todo tu apoyo. Solo te pido que no me juzgues por como actué cuando no estaba a tu lado, que lo hagas por mi forma de ser cuando estoy contigo.

Se secó con disimulo unas lágrimas que cayeron por sus mejillas y a mí, me partieron el alma.

—Te voy a ser sincera: me encantaría pasar unos días inolvidables aquí contigo, pero tengo temor a volver y que me hagas de nuevo lo mismo.

—Lo sé, pero no imaginas cuanto te necesito, la vida que me das —apretaba mi mano mientras hablaba—. Pero entenderé que quieras estar distante conmigo, no puedo hacer nada —Llegué a Madrid nervioso, esperando a ver que aparecías y metías la maleta antes del embarque. No me hubiera arriesgado a hacerlo sin haberte visto, no hubiera venido solo, sólo quería estar a tu lado, es más, no te voy a mentir, no sé qué pasará cuando termine el viaje, solo sé que eres la única que me hace ver luz al final de ese túnel en el que llevo metido tanto tiempo y que me tiene enterrado en vida.

No paraba de llorar a pesar de intentar evitarlo, pero estaba derrotado...

—No quiero arrastrarte ahora a nada, por eso debo esperar a contarte.

Puse la cerveza en la barra que formaba el muro en el que estábamos apoyados, lo miré y lo abracé.

—Lo que necesites y pueda ayudarte, quiero que cuentes conmigo. Paul

estalló en llanto en mi hombro como un niño chico, algo que me hizo llorar a mí también, así estuvimos unos minutos hasta que un camarero se nos acercó preocupado y encima hablaba español, por no decir que pensaba que lo era y estaba allí trabajando.

—¿Os pasó algo en la ciudad? —preguntó preocupado.

—No —dijo Paul—. Recibimos malas noticias de un amigo al que queremos —mintió con destreza.

—Lo siento, de verdad, perdonad por meterme, no debo hacerlo, pero pensé que os había pasado algo y os quería brindar mi ayuda.

—Gracias, es bonito ver que existen personas con tal corazón —dije esbozando una triste sonrisa.

—Por lo que veo, sois de mi país —sonrió—. Bienvenidos, cualquier cosa que necesitéis, no dudéis en buscarme aquí, os ayudaré encantado.

—Gracias —dijimos de forma sincronizada.

Nos sentamos en un reservado y le comenté lo de mi viaje a Marruecos, para cambiar el tema y, sobre todo, para intentar que él se relajara un poco.

—Me encantaría hacer ese viaje contigo.

—Cuando quieras, te hago de guía —le hice un guiño.

—De lo que quieras, me puedes hacer de lo que quieras —dijo acariciando mi mano y dándome un beso en la mejilla.

Nos pusimos a charlar y a beber cervezas, hasta que me cambió el tema radical y se interesó por este viaje.

—¿Cómo piensas enfocar los quince días que nos queda en este país? —preguntó levantando la ceja.

—Me encantaría usar cuatro días para ir a un lugar que jamás olvidarás, una preciosidad al sur del país, pero para eso debemos coger un vuelo.

—Lo haremos —sonrió.

Salimos de allí para irnos al hotel y no tardó en parar a un taxi.

—No me fío de volverme a montar en esas motos, estuve con los huevos en la garganta todo el tiempo —dijo mientras se sentaba.

Se pasó todo el trayecto acariciando mi mano y mirándome con esa complicidad que solo nosotros sabíamos transmitirnos. Llegamos a Khao, la calle del hotel y más mochilera de toda Tailandia, del tirón vi esos puestos con insectos fritos tan populares de aquella zona.

—Vamos a comprarlos y probarlos —dije señalando el puesto y

sonriendo con ironía. —Pues, escoge lo que desees —dijo con cara de no hacerle ni puta gracia probarlos. —Esto, esto, esto y esto —dije con la mano señalando para que la chica nos lo pusiera. Saltamontes, cucarachas y no sé qué más, pero si había que probarlo se probaba, ya allí era merecido hacerlo.

—¡Ni de coña me lo como! —dijo cruzando los brazos.

—Tranquilo, si no lo comes dormirás solo.

—Quiero dos de cada, ¡a la de ya! —dijo muerto de risa —Primero las cucarachas —dijo provocando una risa en mí, que debió escucharse en toda la calle.

Probamos todo, aquello tenía mucho sabor a sal y pimienta, algo que ayudaba a pensar que estabas comiendo unas pipas.

—Dos cervezas, por favor —pidió al chico de la terraza donde nos sentamos frente al hotel.

—Para ser el primer día hemos pisado fuerte —solté una carcajada mientras miraba la de cantidad de personas que había por la noche en esa calle, de todas las nacionalidades y razas.

—Dame un segundo...

Se levantó y entró en una tienda supermercado que había frente a nosotros, allí vendían de todo lo imaginable, tanto de comida, tabaco, alcohol, de todo. Un poco después llegó con una bolsa y lo miré con cara de intriga, él sonrió y obvió contestarme. Subimos a la habitación y me reí al volverla a ver.

—Nada que ver con las suites que tú te pillas —solté otra carcajada.

—Estando tú, lo demás me es indiferente, aunque cuando cambiemos de hotel, esta vez lo elegiré yo. Necesito saber dónde tengo que pillar el vuelo a ese lugar que dices.

—En avión tenemos que llegar hasta Phuket. Luego allí tenemos que coger un Ferry hasta la isla de Koh Phi Phi.

—Tengo una oferta de ocho días —río.

—Pues yo me quedaría esos días allí, es una pasada —dije emocionada.

—Pues listo y ahora voy a mirar entre estos dos hoteles que clasifican de lo mejor —dijo pasando fotos—. Estas cabañas son impresionantes y encima están frente al mar.

—¡Sí! —grité emocionada, además, era el resort en el que yo había

estado. Pero claro, él pilló la más impresionante, la más cerca del mar, con piscina privada sobre la arena, en la puerta de la cabaña, con sus tumbonas y encima un jacuzzi a los pies de la cama, de infarto. Esa noche dormimos abrazados, con besos y cariños que mostraban el amor que sentíamos el uno por el otro, al menos quería pensar que era real, así que disfrute de ellos, sin que pasara nada más, sin llegar más lejos. La luz del nuevo día iluminó bien temprano la habitación, abracé a Paul con fuerza.

—Te amo —dije sin pensarlo.

—Yo también —me apretó en un fuerte abrazo contra su pecho. Nada de sexo, no intentó nada, pero yo era feliz con él, de cualquier manera. Después de ducharnos juntos, llenarnos de besos y nada de sexo, nos fuimos a la calle donde pillamos un taxi para que estuviera todo el día con nosotros, no llegaría ni a treinta euros, era increíble lo barato que costaba todo en aquel país. Nos llevaron a las afuera de la ciudad, al conocido Damnoeb Saduak, el mercado flotante de allí y subimos a una barca de esas típicas con los lazos delante, el chico nos metió en aquel impresionante y caótico lugar lleno de tiendas a ambos lados del agua y muchas barcas vendiendo frutas, refrescos o cervezas. Había barcas que llevaba a quince personas, eran grupos turísticos, pero impactaba verlos a todos juntos, nos hacíamos mil fotos con los móviles y, sobre todo, nos reíamos mucho con aquellas situaciones mientras tomábamos unas latas de cerveza en aquel lugar tan mágico.

Después del recorrido, volvimos al taxi que nos llevó seguidamente a Ayutthaya, estaba más lejos, pero el camino merecía la pena. Ayutthaya, era un parque histórico que se encontraba situado en la antigua capital del Reino de Siam, a casi noventa kilómetros de Bangkok, un lugar sagrado donde había templos, estatuas gigantes de Buda en hormigón con unas telas por sus cuerpos, aquello era una pasada, me traía grandes recuerdos de la vez anterior, pero ahora era todo más bonito a su lado. Llegamos al hotel casi de noche, el día había sido precioso. Nos duchamos y nos tiramos en la cama, muertos, agotados y a pesar de que yo acumulaba un calentón de dos pares de narices, el señor correcto, no le daba más que mimos y abrazos a mi cuerpo.

Capítulo 10



Despertamos a toda leche para salir pitando hacia el aeropuerto. Salíamos hacia Phuket, así que hasta que no nos vimos subidos al avión, no nos relajamos. El avión había salido muy temprano, así que aterrizamos apenas a las nueve de la mañana, frente al mar de Andamán, era preciosa esa llegada. Desayunamos en el aeropuerto y luego fuimos a coger un taxi que nos llevó hasta el muelle de donde saldría en breve, el ferry hacia la isla de, Phi Phi. La hora y pico que duró el trayecto fue todo precioso, sobre todo la cara de Paul viendo aquellas preciosas rocas gigantes repartidas por el mar. La llegada a la isla era una pasada, nos recibieron y llevaron al hotel directamente, andando, nos quitaron las maletas y llegamos al resort, que tenía unas espectaculares vistas a la isla en medio del mar “Maya Beach”, donde se rodó la película de Leonardo Di Caprio, “La playa”. La llegada a nuestra cabaña fue de lo más impactante, aquello era como en las películas, de ensueño total, nada que ver con la que yo me alojé. Nos tiramos en la cama y nos abrazamos felices.

—Ahora me haces tuya —dije con descaro.

—Ahora, nos vamos a comer —me levantó riendo.

—Ya veo yo que se me cierra...

—Eres un rato de bruta... —soltó una preciosa sonrisa —Pero no permitiré que eso suceda—dijo jalando de mí para cambiarnos y salir de allí.

Me cambié simulando un striptease, pero nada, no había nada que hacer.

—Desde luego que desperdició de hombre —dije haciendo una burla y saliendo de ahí. Paul soltó una risa y pasó de contestar, me dio una desmesurada palmada en el culo que se le fue de las manos, yo flipé del dolor

y él se quedó a cuadros cuando vio su mano en mi culo en modo de relieve.

—No te muevas —dijo entrando a por una crema que me puso rápidamente.

Nos sentamos en unos columpios balineses de lo más cómodo, con una mesa de madera, en la arena, frente a la orilla, una pasada. Pedimos dos cervezas y una mariscada, nos pusimos finos de comer, luego nos tumbamos en unas hamacas y nos quedamos dormidos. Nos quedamos todo el día allí e incluso cenamos y vimos un espectáculo de chicos bailando con fuego, era todo de lo más idílico.

Llegamos a la cabaña y vi luces dentro, la cara de Paul era de misterio. Al abrir era todo como un sueño, velas, pétalos de flores, bombones sobre una bandeja en la cama, con helado incluido, lo miré alucinada por aquella sorpresa de lo más bonita.

Paul cogió una botella de champan y llenó dos cosas mientras miraba emocionado, la sonrisa que no se borraba de mi cara.

—Por nosotros —dijo y me bebí todo de un trago.

Paul se sentó a los pies de la cama y me hizo ponerme frente a él, me quitó la camiseta que llevaba a modo traje y me dejó frente a él en bikini. Me excité de golpe, sabía que algo pasaría, intenté agacharme para desnudarlo, pero con un gesto de su mano ordenó que me estuviese quieta. Sacó de debajo de la cama la bolsa con lo que había comprado en Bangkok, lo primero que vi fue un bote de gel que puso a un lado y seguidamente me indicó que me quitara las dos partes del bikini, sin hablar solo con un gesto mientras se llenaba las manos de gel. Se apartó a un lado y me hizo señas para que me tumbara sobre la cama boca abajo. Abrió mis piernas todo lo que pudo y luego comenzó desde el cuello hasta abajo a darme un masaje de lo más placentero, de esos que te hacen humedecerte como nunca, llevando sus manos hasta el interior de mis nalgas y haciendo un susurro para que no hablara. Con un gesto de sus manos hizo que me diera la vuelta y abriera las piernas, con las rodillas dobladas. Siguió con mis muslos, mojándolos con aquel gel que provocaba un calentamiento global en mi cuerpo, luego fue metiendo sus dedos por mis partes íntimas, además de acariciar mi clítoris hasta hincharlo a más no poder más. Noté como ponía sus labios en mis partes y comenzaba a lamer y absorber a la vez que me acariciaba, di un bote, pero me instó a que no me moviera, consiguió que me corriera fácilmente y a lo loco. Pensé que me moría mientras intentaba recuperarme viendo como

Paul, se ponía un preservativo y me ordenaba que me levantara, al hacerlo me cogió en brazos con esa fuerza que tenía y comenzó a follarme en el aire, con esos movimientos que me volvían loca. Por fin había tenido un buen sexo, era lo que necesitaba, tenerlo al lado me había producido mucha tensión sensual, así que disfruté como loca.

—Me encanta hacértelo —dijo mientras se separaba y me dejaba sobre la cama. La habitación olía a sexo, después de ese momento tuvimos otros, esa noche estábamos desatados y no queríamos más que aquello que estábamos haciendo. Los siguientes días fueron iguales, paseábamos por la isla, cogiendo un bote y marchando a Maya Beach, donde se estaba también de escándalo, aunque demasiado turismo en todas las islas para tirarse la típica foto. Esos días en la isla, me hizo muchas confesiones y contó muchas anécdotas de relaciones anteriores o fugaces, a mí me encantaba escucharlo, además de hacer mil cosas en ese paradisiaco lugar. A veces lo hacíamos de lo más romántico y otra de lo más salvaje, era todo tan desmesurado que me causaba una sensación perfecta, disfrutando de las copas, cervezas, playa, paseos, compras, etc. Luego volvimos a Bangkok los últimos días, recorrimos todos los lugares más emblemáticos que nos faltaban y nos alojamos en un hotel de ensueño, hasta que llegó el día de la partida y yo hice el vuelo de lo más triste, con el miedo en el cuerpo de que volviera a desaparecer.

Llegamos a Madrid, pero no cogí el siguiente vuelo a Jerez, pues él tenía su coche e iría con él. Me contó cosas que tenía pendiente con su mujer de liquidaciones y acuerdos matrimoniales que le estaban volviendo loco, pero no me contó más allá de ello.

—No pienses nada raro y confía en mí —dijo en la puerta de mi casa despidiéndose con un abrazo y yo, comenzando a llorar.

Me fui hacia dentro con el dolor y miedo de que volviera a desaparecer de mi vida.

Capítulo 11



Amanecí como la que amanece en un psiquiátrico, totalmente deprimida y sin fuerzas, recordando los días junto a él y sintiendo una pena que me mataba. Me preparé un café y miré el móvil, abrí la boca al ver que tenía un mensaje de Paul.

“Buenos días, preciosa. ¿Qué tal estás?”

No tardé en contestar...

“Buenos días, ahora mucho mejor con tu mensaje”

Recibí otra respuesta inmediatamente.

“Debo ir en un rato a Málaga a una gestión, me preguntaba si te apetecería acompañarme y comer por allí”

Salté de alegría y le contesté que por supuesto. No tardé en ducharme y prepararme para estar lista en esa hora en la que iba a pasar a recogerme. Apareció guapísimo, al sentarme observé que vio la alianza que me regaló y que me había vuelto a poner, aquello le produjo una sonrisa en su rostro.

—La gestión es en casa de mis padres, debo entregarles una documentación.

—Sin problema —sonreí—. Te esperaré tomando algo, el día está precioso.

—No —su cara fue de negación total—. Saben que vienes y te están esperando.

—¿Qué les dijiste, que llevas secretaria? —pregunté con ironía.

—Para nada, no te preocupes, mis padres son las únicas personas que conocen mi historia y saben que estuvimos en Tailandia, además quieren que me separe, pero comprenden que tengo que ir con pies de plomo, como hasta ahora.

— ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿La amas?

—Hace mucho tiempo que dejé de hacerlo.

—Pues no lo entiendo...

— Cuándo llegue el momento y te lo expliqué, lo entenderás todo, créeme que ese momento, llegará. Yo me comía la cabeza. Al día siguiente de conocerme ya iba para Roma a sorprenderme, pero claro, existía la posibilidad del flechazo, yo lo había tenido. Además, fue a Tailandia quince días conmigo, todo era descomunal, pero yo estaba arrastrada a ello. La posibilidad que había es que no se divorciara por aquellos acuerdos económicos que solía ocurrir en las parejas de dinero. Llegamos a casa de sus padres, me hizo gracia que su padre se dirigiese a mi como si me conociera de toda la vida y me transmitía las ganas que tenía de conocerme. Un ser de lo más elegante, con mucha clase y saber estar. Su madre no estaba, se encontraba en un viaje cultural en Barcelona, con las amigas. El padre al irnos, me dejó caer que estaba muy contento por haberle devuelto la sonrisa a su hijo, cosa que me dejó muy rallada. A la vuelta estaba pensativa, había algo tan extraño en todo aquello, que no paraba de darle vueltas a mi cabeza. Paramos a tomar un café a mitad de camino y le entró una llamada, cosa que me pidió permiso para apartarse. Lo vi a lo lejos en el jardín, rostro desencajado y discutiendo, cuando volvió no me quedó otra que preguntarle.

—¿Estás bien?

—No —negó con agobio.

— Me gustaría ayudarte.

—Gracias —cogió mi mano y la besó.

Todo el camino de vuelta lo pasó pensativo y resoplando. Paró en mi puerta y se giró hacia mí.

—Tengo que irme un tiempo —comenzó a brotar lagrimas por sus ojos—. No sé cuánto tiempo estaré ausente, puede ser mucho, o puede ser poco. Deseo con toda mi alma que entiendas que no puedo contarte nada, pero, sobre todo, que me esperes.

Me bajé del coche y antes de cerrar la puerta me dirigí a él.

—Quizás si supiera de que se trata podría ser de mejor ayuda, pero es muy doloroso el no saber qué está pasando. Me fui llorando y entendiendo que otra vez comenzaba mi calvario...

Capítulo 12



Llevaba cuarenta y ocho horas de tortura desde que me despedí de Paul, sin entender ni saber nada. Todo eso me estaba sobrepasando y me maldecía a mí misma por entrar en un mundo como el de Paul, que pasara lo que pasara, él estaba casado. Estaba todo el día pendiente al móvil, pero nada, en Facebook no había tenido actividad, todo era de lo más extraño. Lola me llamó, sabía que me quedaban cuatro días más de vacaciones, me comentó que había hablado con Javi y que quería que nos fuéramos con ella al chalet de los Caños, propiedad de sus padres, así que lo vi una interesante idea para no pasar los días siguientes sola. Llegamos allí y nos fuimos del tirón a un bar que tenía una terraza que nos encantaba, con un ambiente de lo más bohemio.

—¡Ole ese trío! —escuché una voz conocida y al girarme era Mark, le sonreí.

Él frecuentaba mucho esa zona en verano, siempre lo hacíamos los cuatro juntos, así que era normal verlo allí. Lo invitamos a sentarse y nos contó que había alquilado una casa, con varios amigos que ya se habían ido y él, se iba a quedar unos días más.

—Lola, deberías de hacer esta noche una barbacoa —dijo Mark tan descarado con ella como siempre. Lola me miró, por supuesto, necesitaba de mi aprobación para hacerla, por respeto.

—¡Me apunto! —dije para tranquilizar a mi amiga. Así que fuimos todos juntos a comprar la bebida y comida a un super y luego para el chalet de Lola. Comenzamos a beber y comer en casa de Lola, cantando viejas canciones, había buen rollo y a Mark, no se le notaba para nada distante conmigo, reía con todos por igual y bromeaba, a la vez que nos tiraba mil

fotos, lo de su profesión lo llevaba en las venas.

Mark se quedó a dormir, no lo podíamos dejar conducir con lo que había bebido, bueno, se quedó hasta el domingo. A mí me gustó no haberlo perdido como amigo, había sido alguien muy importante en mi vida y en la de mis amigos durante muchos años. El último día me quedé charlando con Mark y le conté que había estado en Tailandia.

—Qué recuerdos... —sonrió —¿Con quién estuviste?

—Con Paul, el dueño de los coches de lujo. Se hizo un silencio.

—¿Estás con él? —preguntó con tristeza.

—Hubo algo, pero nada formal, él está casado —dije con temor.

—No esperaba que te enamoras tan rápido y conociéndote jamás pensé que pudieras ir con alguien casado, no me gusta verte siendo la otra, tú mereces mucho más, por eso te dejé para que fueras feliz, no para ser alguien más... No quiero verte triste, pero pienso que un hombre que es capaz de estar con dos a la vez, es capaz de cualquier cosa, no quiero que sufras.

Se levantó casi a punto de llorar y se metió en la piscina. Me quedé pensativa por sus palabras, me dolía en el alma. Nos despedimos todos y volví a casa, al día siguiente volvía a trabajar agotada psicológicamente. Entré a Facebook y me quedé helada al ver un post de Mark, encima me había etiquetado. Era una foto de los dos en Tarifa y un comentario sobre el post.

“La persona más importante de mi vida, mis amigos y unos días que hemos pasado inolvidables”

Fui a quitar el etiquetado cuando recibí una notificación de que a Paul le entristecía ese post. Me puse a llorar de forma desconsolada y llamé a Lola.

—¡Hijo de puta! ¿Lo has visto?

—Sí, eso lo ha hecho con maldad —dijo convencida como yo.

—Lo voy a llamar ahora mismo, ese se va a enterar...

Colgué el teléfono y llamé a Mark.

—¿Sí?

—¡Eres un cerdo, lo hiciste a mala leche...!

—¡Lo hice porque me salió de los cojones! A mí, ya no tienes que venir a pedirme explicaciones de nada —dijo un Mark desconocido para mí, colgando el teléfono seguidamente.

Sin duda, iba a ver un antes y un después para mí, eso lo tenía claro, pero yo fui la idiota de sincerarme con él y contarle eso. Ese día me metí en casa

después del trabajo y me pasé la tarde en el sofá llorando desconsoladamente, hasta quedar dormida a altas horas de la noche. Esa mañana volví a la revista con una tristeza increíble y con una rabia por lo de Mark, que sí me lo cruzaba iba a perder los papeles. En la puerta de mi despacho estaba el señor, Rodrigo Montiel, mi jefe, frío y con cara de capullo, le sonreí con desgana, mis ganas eran darle una hostia y quitarle esa cara de estúpido.

—Hola ¿Necesitas algo?

—Quiero que me digas que no es cierto que estuviste con Castro en Tailandia, no podemos jugarnos un potencial de publicidad con líos de faldas, con lo que nos paga cubrimos los salarios de toda la plantilla. Si juegas con eso, vas a la calle. Está casado y su mujer es capaz de jodernos si se entera ¿Ves lógica tu actitud?

—Ya veo que Mark está jugando sucio y no sabe con quién dio. Si me tienes que despedir, adelante, pero es mi vida y no permitiré que ni él, ni nadie, me diga lo que tengo que hacer, es más, no sé si al señor Castro le gustará como está actuando en estos momentos, así que, si aún tengo mi plaza aquí —señalé hacia el interior de mi despacho—. tengo que trabajar.

Entré en mi despacho, dejándolo sin palabras. ¡Qué se joda! Vi cómo se alejaba negando con la cabeza, conteniéndose y aguantado de liarla. Mi jefe además era letrado y escritor, nos habíamos llevado bien hasta mi ruptura con Mark, entonces se volvió conmigo rancio, pero para chulos ellos, chula yo, no iba a permitir ni el más mínimo acoso, con buena habían dado... Entré a Facebook y bloqueé a Mark, comprobando también que Paul ya no estaba entre mis contactos. Al entrar en su perfil, vi que ya lo estaba, me había eliminado. ¡Me quería morir! Seguro que había pensado que había vuelto con él, me entró una rabia increíble y me fui a buscar a su despacho a mi ex.

—De esta se acuerda... —dije obviando que estaba con Montiel — Procura que no se me vaya la cabeza y publique en mi muro cosas que sé y tengo de ti —señalé a Mark en tono amenazante. Miré a mi jefe y sin pensarlo...

—No trabajaré el mes de agosto, lo voy a usar de asuntos propios, ya sé que eso no está contemplado en el contrato, pero... ¡Puede despedirme! — dije levantando las manos y sonriendo con ironía, salí de ahí dejándolos sin poder replicar.

Capítulo 13



Mi vida comenzaba a necesitar una limpieza, mi corazón solo tenía sentimientos muy feos tales como, odio, rencor, dolor y muchas cosas que hacían sentirme de lo más vacía. Me encerré en casa durante tres días, hice una limpieza brutal en la casa con la ayuda de Javi, que estaba siempre pendiente a mí e intentando consolarme. Ese día que ya tenía la casa impecable sonó un mensaje en mi móvil, era de mi jefe...

“Tómame el mes sin preocuparte, además te lo pagaré, te pido perdón por mi comportamiento, espero que te relajes estos días y nos vemos a primero de septiembre en la revista, seguro que vendrás con las pilas cargadas. Un abrazo”

¿Este había follado? Le contesté rápidamente...

“Nos vemos en septiembre. Gracias”

¿Qué había pasado para ese cambio? ¿Qué misterio se escondía para ese mensaje y amabilidad? ¡Me estaba volviendo loca! No conseguía quitarme a Paul de la cabeza, pero Javi, me era de mucha ayuda, así que tras la limpieza ahora tocaba coger aire, así que esa mañana Javi y yo, decidimos irnos a un centro comercial a hacer un poco de shopping, el quemar tarjeta decían que animaba, pues a ello iba. Cogí de todo de una tienda ya que me apetecía cambiar, además Javi, me animaba a comprar de todo, me sacó muchas sonrisas y después de llenar dos cestas de ropa nos fuimos a la cola a pagar. Como no podía ser de otra forma para joderme el día, atrás de la cola se pusieron Paul y su mujer. Me quedé helada, ni lo saludé, en cambio Javi y Paul, se saludaron respetuosamente. Yo me quería morir, directamente, sin

anestesia, su mujer iba que parecía senegalesa, con un atuendo en el pelo enrollado a modo pañuelo y unas gafas grandes de sol. Le di a Javi el dinero y le dije que lo esperaba en el coche, salí llorando sin consuelo, me había partido el corazón verlos juntos y estaba ahora en un momento que no veía luz. Poco después llego Javi y me abrazó, al momento los vi pasar, iban hacia su coche, parecía que el destino quería joderme el día. Él, me vio llorando y yo ladeé la cabeza.

—Tengo que irme de aquí —dije llorando a Javi —Vámonos unos días con Lola a Roma.

—Claro, yo hasta septiembre no vuelvo al trabajo —dijo con tono de ayuda Javi. Miramos unos vuelos y... ¡Bingo! Había un vuelo que salía a las pocas horas, así que salimos pitando para preparar las maletas y avisamos a Lola que se volvió loca de contenta con la noticia. Llegamos ese día a Roma. Lola y Francesco, no estaban esperando, ya tenían la casa preparada para nuestra llegada. Nos quedamos tres días, pero era dolor el que sentía en aquella ciudad donde cada rincón me recordaba a Paul, menos mal que Francesco con su humor, consiguió sacarme más de una carcajada. Lola estaba de lo más feliz y eso me ponía muy contenta, se merecía alguien como ese italiano a su lado, tenían mucha complicidad y una armonía que se respiraba con solo verlos. Uno de los días que volvimos a la Fontana, me quedé pensativa recordando el día que apareció Paul por allí, la foto que nos hicimos y el comienzo de unos días que fueron de lo más bonitos y felices.

Llego la hora de la vuelta, así que volvimos Javi y yo a Cádiz, me despedí en la puerta de mi casa de mi amigo, ahora necesitaba unos días sola para leer, ver documentales y encontrarme a mí misma. Mi hermana Lourdes, ya había vuelto de Alemania, en breve le tocaba irse tres meses a Suecia, así que quedé con ella todos los días para tomar café. Aproveché para ponerla al día de toda la historia y se quedó a cuadros, para nada se la esperaba. Poco a poco, fui tomando el control de mi vida, era obvio que no me quitaba de la cabeza a Paul, que todo me recordaba a él, pero tenía que seguir hacia delante y no podía frenar mi ritmo, si no caería de nuevo en un bucle muy difícil de salir.

Capítulo 14



Y llegó septiembre y con él, la vuelta al trabajo, aunque no podía quejarme, había cobrado y tenido un mes extra de vacaciones.

Llegué a la revista y abracé al portero, luego saludé a la recepcionista con un gesto seco, estaba con Mark, a él, ni “por ahí te pudras”, aunque no dejaba de mirarme, ¡que le jodieran!, en mi vida ya no pintaba nada, no quería ni mirarlo, cuanto más lejos, mucho mejor.

Abrí la puerta del despacho y sorprendentemente tenía una nota de mi jefe.

“Bienvenida y gracias por todo el trabajo tan impecable que llevas desempeñando en nuestra empresa. Espero que vuelvas con ganas”

Claro, con unas ganas devastadoras ¡No te jode! En fin... este estaba de un raro que no me cuadraba a mí, esa amabilidad que iba derrochando. Rápidamente cogí el ritmo de los proyectos y las cosas que tenía que hacer, además yo era rápida y concisa. Me acordé de mi amiga Noemí, la chica más friki del planeta, pero una gran amiga, así que quedé con ella para el viernes, cuando saliese de la revista nos iríamos a comer juntas. Llegó ese día y me recogió en la puerta del trabajo, decidimos ir al bar que tenía la terraza junto al mar, con las barcas ahí como en una estampa, ese sitio que tanto me gustaba. Tras la comida nos pedimos unas copas pues nos encantaba el Gin-Tonic. Ella estaba muy bien desde que dejó al capullo de su ex. Después de allí, dejamos el coche y nos fuimos a un pub en taxi, tenía ganas de no encerrarme en casa y estábamos muy animadas, cosa que había que aprovechar. Nos sentamos en la terraza del pub, la tarde era perfecta. Cuando vi al chico que se sentó en una mesa frente a nosotras me quise morir ¡Era Paul! Se lo puse por mensaje a Noemí para disimular...

“No me lo esperaba así, se le ve de lo más interesante” Respondió mi amiga.

En la mesa de él, había tres chicos más, charlando animadamente, menos Paul, su rostro era serio y preocupante, podía notar como no dejaba de mirarme.

—Joder nena —dijo Noemí—. lo tuyo no es normal, mira quien viene por ahí—me hizo un gesto con la cara señalándome a... ¡Mark!

—No me lo puedo creer, te juro que no me lo puedo creer... —dije resoplando y sintiendo dos puñales en mi pecho. Mark se acercó al vernos.

—Eres una cerda, no te pienses que vas a manipular al jefe y quedarte tan pancha.

—Ya te puedes ir de aquí —dije levantado el culo de la silla en tono amenazante y señalando con el dedo para que se fuera.

—¡Si me sale de los cojones! —chilló sin importarle nada—. mí no me humilles, porque no respondo. A mí un hombre no me habla así... —dije en tono de advertencia. Me quedé helada al ver como Paul se levantó rápidamente y se puso junto a Mark.

—¿Sales de aquí por las buenas, o te enteras de cómo es salir por las malas? —dijo Paul, en voz baja pero amenazante.

— De esta, me preocupo yo —dijo Mark señalándome —Tú, preocúpate de tu mujer. —¿De mí, tú?! —pregunté chillando enojada —Olvídate de mí y acepta que entre nosotros no volvió a haber nada ni mucho menos lo habrá.

—Si le vuelves a hablar así, pobre de ti... No te vuelvas a acercar a ella —el tono de Paul cambio a peor, Mark se giró y se marchó resoplando y alterado.

—Lo siento... —dije con un nudo en la garganta.

—No tienes que sentir nada, ya me preocupo yo de que este no se vuelva a acercar a ti. —dijo volviendo a la mesa con sus amigos. Vi cómo le explicaba algo a sus amigos sobre Mark, yo me quería morir, todo me pasaba a mí, el karma me estaba dando por todos lados.

— Me paso un tiempo fuera y ahora veo esto y me choca. Antes tenías una vida muy acomodada, con Mark, tu trabajo, una estabilidad envidiable, ahora vuelvo y veo la indiferencia y ese rencor entre tu ex y tú. Encima Paul, ese chico que te enamoró, pero te tiene con el corazón roto, no asimilo tanto cambio, pero eres mi amiga y te voy a apoyar en todo.

—Gracias —la abracé y me puse a llorar, sabía que Paul me miraba, pero

no pude contenerme.

—¿Sabes? No entiendo que haya salido a defenderte Paul, y luego se aleje, además, lo del comentario que me contaste de Mark en Facebook, no comprendo como Paul no te pidió una explicación.

—Ni yo, pero no tuve opción de hablar con él, ni creo que la tenga. No sé qué pasó, pero todo se fue al traste, realmente no puedo recriminarle nada. Conmigo ha sido caballeroso, educado, atento, generoso. Me ha cuidado mucho, a pesar de su semblante serio, es la persona más noble del mundo — dije mirándolo y agachando la mirada al comprobar que seguía observándome.

—Suenas bien, pero se me va todo de las manos.

— Pues imagina a mí —aguanté de volver a llorar—. Creo que lo perdí, que ya no volveremos a estar juntos, pero gestos como los de hoy me hacen dudar, me hace retroceder a todo lo que me ha ido costando volver a respirar algo, no del todo, porque mi corazón está con él. Creo que voy a enloquecer.

Sonó un mensaje en mi móvil en ese momento y temblé al ver que era de Paul. “¿Vinisteis en tu coche?”

Esa pregunta no la entendí, pero le respondí.

“Dejamos el coche de Noemí en el restaurante del muelle, hemos cogido un taxi hasta aquí”

Lo envié y al levantar la cabeza observé como contestaba.

“Avísame cuando os vayáis a ir, primero acercaremos a tu amiga a su casa y luego te llevo a la tuya” Le contesté que sí, luego de hablarlo con mi amiga. Volvió a responder.

“Me quedo solo, ellos se van ¿Puedo tomar una copa con ustedes?”

—Viene a tomar una copa con nosotras, te lo voy a presentar.

—¡Claro!

Miré a Paul y asentí con la cabeza, se levantó rápidamente con su copa en las manos y vino hacia nosotras.

—Hola —dijo sonriendo—. Soy Paul —Le dio dos besos y luego me los dio a mí.

—Disculpame un momento —entró al local.

—Es guapísimo —dijo Noemi. Minutos después apareció con tres copas,

le dimos las gracias y se sentó señalando con el dedo a su oído para que escucháramos el tema que sonaba de Hotel California.

—Gran tema —dijo Noemí.

—Así es —dijo él con su preciosa sonrisa.

Noemí y Paul no dejaban de hablar de música, de la serie Juego de Tronos, los dos estaban emocionados comentando esas cosas, a la vez que me regalaba muchas miradas de complicidad mientras yo ponía los ojos en blanco. Era extraña la situación, pero era cierto eso de que cuando estaba con él, me hacía sentir la mujer más feliz del mundo y así me sentía en esos momentos. Íbamos entrando cada vez uno a uno a por otra ronda, pero como la vida está llena de sorpresas, pues eso nos llevamos al ver a Lola y Francesco aparecer pues habían venido a pasar el fin de semana aquí. Lo bueno era que sabían estar, a pesar de haberle impresionado verme con Paul allí, ellos actuaron de la manera más natural. La noche estaba de lo más animada y Lola como no, siempre planeando.

— Veniros mañana los tres a comer una paella con nosotros a la casa de los Caños.

—Acepto —dijo sonriendo Paul.

—¡Y nosotras y nosotras! —dijo felizmente Noemí mirándome y asintiendo. Francesco, que no había bebido y Lola, se llevaron a Noemí a su casa, yo me fui en un taxi con Paul a la mía, el coche lo dejó aparcado allí para recogerlo al día siguiente. Llegamos a mi casa y nos sentamos en el sofá a charlar.

—¿Tuviste algo que ver en el cambio de Montiel?

— Por supuesto, me llamó pues pensaba que tú, me lo habías contado, ya le advertí que, si Mark se acercaba a ti, o tomaba alguna represalia contigo, iba a romper todos los vínculos con la revista.

— No hacía falta...

—Sí lo hacía. Primero el post de Mark, que me partió el alma, pero cuando me enteré que le habías contado lo nuestro de Tailandia, me di cuenta que estaba despechado. Hoy me dieron ganas de liarme a hostias con él, pero no soy así, preferí largarlo, pero que no se le ocurra hacerte ni decirte nada más o...

Pasamos la noche abrazados, pero no pasó nada. Despertamos, tomamos un café y él fue a por su coche, quedó en recogerme a la una.

Capítulo 15



Salí de casa a la una y allí estaba Paul, en su Audi A6, puntual como solo él sabía serlo. Con sus gafas de estilo sheriff americano y su cara angelical, sosteniendo la puerta del copiloto y propinándome un beso en la mejilla antes de subirme al coche. Noemí se fue con Lola así que salimos directos a, Caños de Meca. El camino era de lo más relajado, me tocaba la mano con caricias y cantando algunos temas de Pablo Alborán. Cuando llegamos a casa de Lola, ya estaba allí, incluido Javi, así que Lola preparó la paella con ayuda de Francesco y todos a su alrededor hablando animadamente, eso sí, nadie tomó ni una gota de alcohol, todo eran latas de refresco, la noche anterior nos habíamos bebido hasta el agua de los floreros. Paul se reía mucho con Lola y el italiano, como todos, estaban sembrados, tenían cada golpe digno de una novela romántica. Después de comer Noemí y Javi se fueron, Paul y yo lo hicimos después de la merienda.

—¿Hotel, o mi casa de Zahora? —preguntó al subirme al coche.

—Tú casa —sonreí.

—A sus órdenes, mi princesa —dijo arrancando, a modo de broma. Llegamos un rato después a su casa, se notaba que estaba quedándose allí, además, me confirmó inmediatamente que pasaba muchos días allí de relax, leyendo, saliendo a la playa, a correr y a trabajar tranquilamente.

—Paul ¿Por qué te molestó tanto el comentario de Mark, si no tenemos nada formal? —No voy por la vida con la gente como lo hago contigo, haciendo regalos, viajando. No te imaginas lo que siento por ti, siempre te tengo en mi cabeza, esto va mucho más allá de una relación esporádica, para mi eres todo lo que deseo en la vida. Pensé que habías vuelto con él, por eso

te eliminé de Facebook, lo bueno fue la llamada de Rodrigo que con eso aclaré todo.

—Algo me dice que sigues amando a Salma.

—Para nada...

—¿Entonces por qué seguir aguantando una relación que está rota?

—Legalmente me conviene hacerlo por ahora, hay un pacto entre nosotros que no puedo de momento romper. Lo hicimos hace tres años, cuando ya estábamos mal, pero ella me propuso algo y yo por respeto lo acepté, ahora me está costando lágrimas de sangre, pero tengo que aguantar.

—¿Cuándo acaba el pacto?

—No lo sé, puede ser mañana, en una semana, en un mes o dos años —dijo con tristeza—. Pero aún no puedo contarte de que se trata.

—¿De qué, o de quién depende que acabe el pacto?

—Tiene que pasar una cosa...

—Bueno... ¿Y si no pasa?

—Tiene que pasar, si no, no habría habido pacto. Y cuando pase, ya podré ser libre, ahora tengo que seguir aparentando que somos un matrimonio normal, no nos juntamos con personas que noten el distanciamiento, cosas así para no levantar sospechas, pero estamos rotos, vamos cada uno por su lado, no hay nada entre nosotros, lo que más me duele es no poder hacer ahora una vida estable a tu lado, eres lo que más me importa del mundo aparte de los del pacto.

—No quiero que desaparezcas más, que me saques de tu vida, que dejes de escribirme, no quiero eso Paul —dijo con tristeza.

—Intento apartarte cuando vienen esos momentos malos, no quiero que sufras al verme como me cambia el carácter y soy un alma en pena, no quiero hacerte pasar por eso.

—Pues lo prefiero, quizás un poco, pero te ayude a paliar momentos, no sé, no te pido que me hagas un compromiso oficial de por vida, pero no que desaparezcas de esa forma. Llegó un mensaje al móvil de Noemí, decía que estaba depre y que nos invitaba a cenar a casa, lo puso en el grupo de todos y encima Lola. aprovechó y metió en el grupo a Paul que escribió inmediatamente que sí, que contara con nosotros para animarla, al igual que Lola, Francesco y Javi. Lo hicimos antes de irnos, con esa fuerza y pasión que él solo sabía ponerle, con ese control hacia mí que conseguía. Con él, todo era espectacular, lo amaba tanto que pensaba que iba a morir de amor.

Íbamos en el coche cuando Paul me sorprendió con una declaración que no me esperaba.

—Me encantaría poder hacerlo sin preservativo, contacto de piel con piel —dijo con una media sonrisa —¿Por qué no buscas un buen ginecólogo y que te recete las pastillas anticonceptivas?, yo te lo pago.

—Tengo para pagar un buen ginecólogo y las pastillas —puse los ojos en blanco y reí. —Pero quiero pagarlo yo.

Me hizo feliz que me pidiera eso, algo dentro de mí sabía que si me lo pedía es porque nos veríamos muchas veces más y eso era lo que me daba fuerzas para seguir hacia delante.

La entrada a casa de Noemí fue graciosa, ya nos esperaban con los vinos en las manos y poniéndonos uno a cada.

—Esta noche, sí se bebe —dijo Francesco mientras nos la daba. Todos comenzamos a contar anécdotas, pero Paul nos sorprendió con una sobre su época de adolescente cuando comenzó a salir con una chica y a su madre le caía como una patada en los ovarios. Al final, tuvo que dejarla porque no podía aguantar la situación de las dos, una en contra de la otra, así que nunca más le presentó a su madre a nadie hasta que decidió casarse.

—Claro, ahora entiendo que me llevaras a su casa cuando ella no estaba —bromeé. —Qué va, ya no opinó más —sonrió—. a pesar de que Salma, no le gustó a ninguno de los dos, ni a mi madre, ni a mi padre.

— Los padres son muy listos —dijo Francesco.

Montamos un campamento en el salón de Noemí, allí acabamos durmiendo todos, hasta que por la mañana los gritos de Francesco, de que tenía el desayuno listo, nos hizo despertar. Francesco se marchaba a Roma esa tarde y nos pidió a todos que nos fuéramos el viernes a pasar el fin de semana con él. Todos aceptamos Paul dijo que se encargaría de mirar los vuelos. El día lo pasamos relajados en casa de Noemí, hasta que todos nos despedimos, Paul me dejó en la puerta de mi casa, no sin antes darme un regalo que me emocionó mucho y no me esperaba. Era un cuadro con nuestro primer selfi en la Fontana di Trevi.

Capítulo 16



Me tomé un café de camino al trabajo, luego un desayuno en el bar frente a la revista. Iba bien de tiempo, los nervios habían provocado que me levantara muchísimo antes de que el despertador sonase. Mientras estaba relajada desayunando me llegó un mensaje de Paul...

“Buenos día ¿Qué tal despertaste?”

Sonreí como no podía ser de otra manera.

“Buenos días, mi niño. Pues no tan bien como hubiera dormido si hubiese estado sobre tu pecho”

Joder, eso me había quedado de lo más cursi.

“Yo te eché mucho de menos. Hoy tengo reunión con Montiel en la revista, si te apetece podemos comer juntos”

¿Como no me iba a apetecer? Poder estar con él, era mi anhelo a cada momento.

“Claro...”

No se me quitaba la sonrisa de la cara.

“Pues nos vamos a Zahora, pido comida, luego quiero que seas mi postre”

Su postre, su amante, su sumisa, lo que él quisiera, para mí no había mejor manera de ser feliz que a su lado.

Entré en la revista y en la puerta de mi despacho había una caja, al abrirla eran todos los objetos que tenía Mark de recuerdo de nuestra relación, fotos, objetos de viajes, un montón de cosas, incluida iba una carta...

“No quiero nada, no eres la chica de la que me enamoré, estoy decepcionado, dolido, ojalá no formaras parte de mi pasado, ni de mi

presente. Por desgracia, te tengo que seguir viendo. Sigue siendo la puta de ese millonario, vas a necesitar mucha suerte.”

En ese momento llamaron a la puerta y era Paul, guardé la carta rápidamente.

—Eh ¿Qué guardaste?

—Na...nada.

—Déjame ver, por favor —dijo en tono exigente—. Esa cara es que me estás ocultando algo que te dolió.

— Da igual —quise evitar que lo viera.

—Dámelo.

Se la di y al leerla se quedó a cuadros.

—Déjalo está despechado, es normal que se tome las cosas así.

—¿Normal? ¿Dónde está ese?

—Déjalo, por favor.

—¿Qué pasa? —preguntó Montiel desde la puerta al escucharlo.

—Solo tenías que protegerla. Esto pasa —le dio la carta—. Y no solo esto, el viernes le montó en un bar una gorda a Alba, menos mal que yo estaba por allí, pero ya deberías de haberle puesto las cosas claras. ¿Debo permitir que la llame, puta? —preguntó enfadado.

En ese momento pasaba Mark, para más INRI...

—Te dije que la dejaras —dijo en tono amenazante Rodrigo a Mark — ¿Tan difícil era? En la vida vi a Paul enfadado, además lo considero un amigo ¿Vas a parar de una puta vez?

—Yo con él no tengo nada, pero Alba, os guste o no, es parte de mi pasado y fue parte de mi vida —dijo con retintín y Paul se encendió más.

—Alba es mi chica, como te acerques a ella te juro que te vas a arrepentir —dijo acercando su cara a la de él, en tono amenazante.

—Tira a mi oficina —dijo Montiel a Mark poniéndose en medio para intentar que la situación no llegara a más. Mark se fue a la oficina y Montiel miró a Paul—Este va de cabeza a un reportaje a Sudáfrica, así que adelantaré el viaje para que se vaya ya, espero que allí se calme y medite.

Paul salió de la revista y me dijo que a las dos me esperaba en la puerta. La mañana fue un infierno asimilando lo sucedido, era algo que me había dejado temblorosa, con mal cuerpo, se me hizo el tiempo eterno hasta la hora

de la salida cuando por fin, me monté en el coche y salimos hacia Zahora.

—Me llamó Rodrigo, el miércoles salí Mark a lo del reportaje gráfico, así que estarás más relajada.

Comimos en una venta y luego tiró hacia Algeciras, se había encargado de coger una cita con uno de los ginecólogos más prestigiosos de la provincia de Cádiz. Revisión y comenzar tratamiento, salimos de allí ya con todo.

—Me gustaría que te quedaras en casa, mañana te llevo al trabajo.

—No traje ropa —puse cara de pena.

— Nos vamos a un centro comercial, compramos de todo y así lo dejamos en Zahora para días como este. Me encantó eso y allá fuimos, a pillar de todo. Paul cosa que miraba, cosa que me compraba, ropa interior, ropa de dormir, de vestir, bañadores, todo era una pasada, además de maquillaje. Llegué a la casa como Pretty Woman, cargada de bolsas y con la ilusión de saber que me quedaba con él.

Colocamos toda la ropa en el armario, en el baño las cosas de aseo y fui a buscarlo al salón. Paul ya tenía los vuelos de nosotros y de Noemí, Javi no podía venir al final. Le comunicamos a los demás, en el grupo del wasap, que ya lo teníamos todo listo para el viaje. Noemí discutió con Paul para pagarle los billetes suyos, pero él no lo aceptó. Nos comimos unos baguettes que habíamos comprado de camino a casa, luego nos duchamos y nos pusimos a ver una peli, pero yo me quedé frita. Paul me llevó a la cama y me abrazó.

—Hoy te libras, pero mañana no —dijo mientras apagaba la luz y me abrazaba fuerte. Por la mañana lo escuché preparando el desayuno y fui hacia la cocina, mi madre me llamó en ese momento para decirme que mi hermana iría a comer y que me esperaba en su casa. Paul me llevo a casa a por el coche y me fui al trabajo, cuando salí hacia casa de mi madre, Paul me llamó para decirme que cuando terminara de comer tirara para Zahora, me puse de lo más contenta, además, me recordó la hora que debía de tomar la pastilla.

Capítulo 17



Salí del trabajo hacia casa de mis padres, que me recibieron comiéndome a besos y echándome una bronca por lo perdida que había estado. Mi familia me interrogaba y yo dejaba entrever algo, pero no contaba nada, mi hermana se meaba aguantando la risa, pero se contuvo de soltar una de las suyas. Sobre las siete de la tarde me despedí de todos, prometiendo que volvería pronto y conduje mi coche en dirección a Zahora, mientras hablaba por él, manos libres del coche con Paul, que estaba en el supermercado abasteciéndose de todo. Cuando llegué estaba haciendo un pescado al horno, me llenó de arrumacos y me mandó a la ducha mientras terminaba de preparar la cena. Volví y Paul tenía dos copas de vinos preparada.

—Me voy mañana a Madrid por motivos de trabajo y el viernes estoy de vuelta para irnos a Roma.

—Pero me mandas mensajes, ¿eh? —dije a modo advertencia.

—Por supuesto. Por cierto, se te está poniendo mala cara.

—Lo sé, ahora vengo —fui al baño y me había bajado la regla. Volví a la cocina y se lo dije.

—Te libraste —me señaló con la copa.

—Pues no me quería librar —dije protestando. Al día siguiente me despedí de él y salí hacia la revista, sabía que no lo vería hasta el próximo viernes y aquello, aunque no eran más que dos días, me ponía nerviosa. Ese día recibí varios mensajes de él, también el jueves que me despertó con una preciosa llamada.

—¿No te piensas levantar? —preguntó directamente.

—Pues claro, no tengo la suerte de otras, que les tocó un sueldo de Nescafé hace muchos años —dije a modo de broma refiriéndome a Salma.

—Muy buena esa... —esbozó una sonrisa que podía sentirse tras el

teléfono.

—Pues ahí la llevas —reí mientras me iba a la cocina a preparar un café.

—¡Me la apunto!

—Eso es, para que no se te olvide —respondí con ironía aguantando la risa.

—Estate segura de que no se me olvidará —soltó una carcajada —Tengo que ir asumiendo, que seré toda mi vida un cajero automático.

—Cuanto antes lo asimiles, mucho mejor...

—Bueno, siempre cabe la posibilidad de que me lo cobre de otra manera...

—Eso sí, yo te puedo pagar en carne. Es más, estoy dispuesta, he decidido ser tu puta, me gusta más que lo de amante —no paraba de reír mientras lo decía.

—No te veo yo, mucha pinta de chica de la calle...

—Qué fino eres por Dios, se dice puta de toda la vida —di un sorbo al café mientras miraba el reloj que iba bien de tiempo para vestirme y me encendía el cigarrillo.

—Y tú muy choni...

— ¿Perdona? ¿Has osado en llamarme choni? Uy el señor correcto está desvariando. —Bueno, vida, que entro a una reunión, seguimos en contacto, cuídate.

Con lo de vida se me había caído todo, era algo que no podía remediar con él, estar babeando, vivía constantemente húmeda por su culpa. Solté una carcajada por ese pensamiento y fui a vestirme, ese día me iría caminando me había despertado muy temprano con la llamada inesperada de Paul. Esa mañana hubo reunión y Montiel, nos habló del ejemplar que iba a salir del programa de investigación que era motivo de especulaciones, así que tenía que ir a Madrid unos meses, alguien de la revista y si nadie se presentaba, se decidía por sorteo. Para mi ir de lunes a viernes a Madrid era una putada en esos momentos, no quería ni de coña, así que esperaba que alguien decidiera porque si se hacía por sorteo, con mi suerte, me tocaba seguro. Esa tarde preparé la maleta, estaba tristonza, normal, siempre me pasaba con el periodo. Hablé con Noemí, quedó en que al día siguiente estaría a las dos en la puerta del trabajo, luego contesté unos mensajes de Paul, en los que me decía que me echaba de menos y que esperaba impaciente que fuera el día siguiente.

Capítulo 18



Iba de camino a la oficina con mi pequeño equipaje y haciendo una parada en el bar frente al trabajo para desayunar. Esa mañana estuve tan ocupada que se pasó el tiempo volando, cuando me di cuenta ya eran las dos y salía de allí feliz por esa escapada a Roma. Miré al bar y vi a Lola, Noemí y Paul tomando unas cervezas.

—Sois unos hijos de perra... —dije acercándome a ellos —¿Y mi cerveza? —puse ojos en blanco y me crucé de brazos.

—En mi defensa tengo que decir —decía Paul haciéndose el interesante—. que para nada podía estar atento a su cerveza con lo bien rodeado que estoy —señaló a Noemí y a Lola.

—¡Gilipollas...! —Le di una colleja antes de sentarme.

—¿Celos? —preguntó Noemí provocándome.

—¿Celos por culpa de esta cosa? —pregunté señalando a Paul.

—Lo que acabas de decir te costará caro —dijo levantando la ceja.

—Estoy totalmente tranquila, seguro que como siempre, pagas tú — rompimos todo a reír.

—Al final va a ser verdad que soy un cajero automático...

—¡Bravo! Lo entendió —me puse a besar mis manos.

— Qué mala eres... —dijo Lola.

—Yo mala y tú cabrona ¿Dónde está el problema?

—En mí, que no me meto en nada y las **carpo** en todas —Noemí puso los ojos en blanco ante la risa de Paul.

De verdad —negué con la cabeza—, no puedo con ustedes. Entre el cajero automático y las del psiquiátrico, me espera un fin de semana de lo más movido —puse los ojos en blanco imitando a Noemí.

—Bueno, vamos para el aeropuerto que al final, dejamos al Francesco tirado —dijo Paul.

—Pues que se joda —Lola, como siempre con su espontaneidad.

—Venga vamos —hice gesto con las manos para que se aligeraran. El vuelo... Ese vuelo fue uno en los que más vergüenza ajena había sentido. Lola tenía entre ceja y ceja, a una de las azafatas del vuelo y le dio la suya y la de su prima. Paul me mandaba a callar y que no la reprendiera y Noemí, la animaba maléficamente. No se me olvidará jamás ese vuelo y mucho menos, su llegada...

Francesco estaba en la puerta de llegadas de la terminal con un cartel gigante y dos chicos aguantando cada extremo. “Españolitos, bienvenidos a la reina de Europa, Roma”

—¡Será...! —dijo Lola queriéndolo matar ante la risa de nosotros.

—Encima que os recibo a lo grande... —protestó Francesco abrazándola con fuerza.—. lo grande dice... —le dio una colleja y se encogió.

—Haya paz —dijo Paul riendo mientras lo abrazaba.

—¿Paz con estas mujeres? ¡No! Hermano, tú estás loco —dijo Francesco montando un papel.

—Bueno tapad esa pancarta que me veo aquí en una batalla campal —dijo Lola recogiéndola.

Llegamos a casa de Francesco, una preciosa casa antigua entre el Vaticano y la Piazza Venecia, antigua pero que él, a base de trabajo la había restaurado y dejado preciosa, de lo más acogedora y rústica. Nos dejaron el dormitorio principal para Paul y para mí, donde nos duchamos y luego salimos todos a cenar. Caminamos por las calles hasta llegar a un restaurante precioso, fuera del bullicio del turismo.

—Francesco era hippie de joven —dijo Lola mientras daba uno sorbo al vino y los demás soltamos una risa por la forma que lo había dicho.

—Si llamas hippie a alguien que vivió mucho, necesitando muy poco, era hippie —sonrió—. Ahora vivo con más, es lo malo de acomodarse —la miró con ironía y nos pusimos todo a reír —Por cierto, no soy el único macho de la mesa, os toca interrogarlo a él.

—Adelante, estoy preparado —Paul, levantó la copa sonriendo y mordiéndose el labio. —¿Cuántos hermanos tienes? —preguntó Noemí, ella no era de apuntar alto con la pregunta.

—Soy hijo único, por lo visto hacía por diez y no se atrevieron a ir a por el segundo.

—No tienes pinta de haber sido muy malo —dijo Francesco.

—Bueno, no mucho, era muy responsable, estudiante y me pasaba el día leyendo —hizo un gesto que nos hizo dudar de si estaba bromeando o no, pero así era Paul.

—Pues yo era la bruja Lola, estaba mimada, consentida y tenía a mis padres firmes —mi amiga y su humor que nos hizo a todos estallar de la risa.

—Al final el angelito era yo —dije ante los ojos como platos de Noemí.

—Sí, ya, y yo era Heidi y tiré a Clara por un barranco —dijo Noemí flipando.

La cena fue de lo más divertida, como la sobremesa, en la que nos pusimos tibios a copas, sobre todo Noemí, que al salir no nos dio tiempo a reaccionar cuando ya estaba metida en una fuente.

—Sal de ahí ¡Bestia! —gritaba Lola con las manos en la cara.

—Qué poca aventura tenéis en esos cuerpos —gritaba Noemí dándose zambullidas en la fuente, los que pasaban le tiraban hasta fotos. Las caras de Paul y Francesco, eran un poema, se miraron y fueron a por ella, la sacaron de un brazo cada uno, nosotras llorábamos de la risa. De ahí nos fuimos a dormir y no nos levantamos hasta la hora de la comida en la que fuimos abriendo los ojos casi de forma sincronizada.

—Voy a darme un baño —dijo Noemí y provocó que gritáramos todos a la vez.

—¡¡¡Nooo!!! —sonó la risa de todos tras ese “no” a coro.

—En la fuente no había gel, así que voy a acabar lo que empecé —dijo entrando al baño. Comencé a recordar con el camarero que intentó ligar Noemí y que se pasaron hasta las redes sociales, lo de la Fontana y la duda que dejó Paul sobre su niñez, el día anterior había sido la bomba, con momentos de los que te acuerdas el resto de tu vida. La tarde la pasamos relajados y por la noche salimos a cenar y a pasear, pero nada de alcohol, al día siguiente volvíamos a España y era mejor hacer la vuelta lo más cómoda posible, sobre todo sin resaca.

Cuando aterrizó el avión, a mí se me partió el alma, eso de separarme de Paul, me hacía mucho daño, así que primero llevamos a Noemí, luego me dejó en la puerta de casa con un precioso beso.

Capítulo 19



Estaba en la oficina triste, no había recibido los buenos días de Paul y eso me inquietaba mucho, a pesar de todo, la mañana pasó rápida y me fui a comer con mi hermana, luego vimos pelis en el sofá y cenamos Kebab en la calle, pasamos un precioso día juntas, hasta que nos despedimos y me fui a casa. Por la mañana seguía sin noticias de Paul, pero al llegar a la oficina me sobresaltó ver un email de él, nunca me había enviado ninguno.

“Mi amada Alba. Jamás pensé tener que escribir un email así, me hubiera gustado hablar contigo frente a frente, cara a cara, pero no soy lo suficientemente valiente, mucho menos tengo el valor ni las fuerzas de hacerlo. Desde que te conocí sabía que eso era el amor que te eleva, que te hace sentir todo aquello que creías que conocías, pero nada que ver con la realidad, esa que, gracias a ti, pude descubrir y sobre todo sentir en cada momento. Viví pensando que en cualquier momento te podría dar ese hueco a mi lado que tanto ansiaba, pero no, me veo metido en un laberinto sin salida y pasó algo muy grave que no entraba dentro del pacto que tengo con la que hasta ahora legalmente, es mi mujer. Tengo que dejar mi empresa en manos del equipo asesor que tengo preparado y tengo que irme, no sé si serán unos meses o algunos años. No puedo pedirte que me esperes, no podría hacerlo, sería muy egoísta de mi parte. Solo quiero desearte que seas feliz. Te prometo que cuando regrese, sea cuando sea y pase el tiempo que pase, iré a buscarte y serás la primera persona a la que cuente lo de mi pacto, ese que llegado el momento sé que te sensibilizará y te hará comprender que no me quedaba otra. Te quiero, Paul.”

Lloré, no podía dejar de hacerlo. ¿Como lo iba a olvidar? ¿Como iba a poder seguir con mi vida ahora? ¿Como iba a olvidar los sueños a su lado? ¿Como lo iba a arrancar de mi corazón? Me quería morir, literalmente, me

ahogaba, tenía la sensación de que todo aquello me iba a superar, de esta no iba a poder levantar cabeza. No me quedaba otra, tenía que salir de mi ciudad, de mi zona de confort, de todo aquello que me dejara metida en un bucle del que no iba a salir y eso no podía ser. No lo pensé dos veces y envié un email a mi jefe, necesitaba irme a Madrid.

“Estimado señor, Rodrigo Montiel. Me gustaría hacerle llegar mi decisión de ir a cubrir el programa especial de la revista, encontrándome disponible para ir de forma inmediata y estar el tiempo que sea oportuno. No sé si tendrá muchas ofertas sobre la mesa para ir, pero le pediría como favor especial y sin precedentes, que, por favor, valore de forma positiva, el que sea mi persona la que cubra dicho trabajo.

A la espera su respuesta, reciba un cordial saludo. Alba”

La mañana fue de lo más dura y dolorosa, no dejaba de llorar. Recogiendo para marcharme, me llegó un email de mi jefe.

“Querida Alba. No creo que haya en la revista una persona más adecuada e impecable para cubrir el proyecto, por lo tanto, que es todo tuyo. Debes salir el lunes. Tienes un estudio cerca de la cadena. Te adjunto el proyecto para que sepas como entablarlo, además, llevas el contacto de Samuel, la persona que te guiará en todo y te ayudará en el proyecto. En las dietas van traslados, comidas y cualquier imprevisto. Dale a David el relevo de tus actuales proyectos y no trabajos hasta el lunes en Madrid.”

Lo preparé todo a pesar de que era la hora de la salida y se lo envié a mi compañero por correo para que tomara el relevo de lo que actualmente estaba haciendo. Salí tarde de la revista, pero despidiéndome por una larga temporada. Fue una semana dura, le expliqué a mis amigos todo, preparé el equipaje y lo hice todo para irme sin tener la presión de volver ni los fines de semana. Entré al Facebook y cambié mi estado. “Eres todo aquello que escribes para decidir tu destino” Recibí un mensaje de Samuel, el guionista, deseándome un buen viaje, que el lunes nos veríamos, me daba la bienvenida y yo le contesté agradecida y quedando para vernos el lunes.

Capítulo 20



El domingo ya estaba en el coche con todas mis cosas y camino de Madrid, donde llegué cuando la tarde caía. Hacía frío, aparqué frente a la puerta del apartahotel y me identifiqué para que me dieran la llave del apartamento. Al entrar me sorprendió gratamente. Era muy amplio y estaba super preparado con todo lo necesario, iluminado, renovado, estaba genial, la cocina era muy coqueta. Me quedé dormida después de colocar todas mis cosas y dejar de fondo un documental en la tele. Lo bueno de llevarme mi cafetera de cápsulas, es que ahora estaba tomando el café a mi gusto, ese que todas las mañanas me daba la vida y esa, no iba a ser menos, a pesar de parecer una zombi. No había dejado de llorar en toda la semana, pero bueno, ahí estaba yo, mirando por la ventana un paisaje de lo más diferente, donde los coches eran un vaivén de idas y venidas a las cadenas de los alrededores y ahora me tocaba a mí, ir hacia mi nuevo proyecto, ese que esperaba que me tuviera lo más distraída posible de todo aquello que me atormentaba. Llegué a la cadena y un chico muy simpático me recibió, Samuel, el mismo que me envió el mensaje. Se presentaba de lo más simpático y amable, luego me presentó a todos los que formaban parte de mi equipo. Nos pusimos con el nuevo proyecto y me explicó todo aquello que quería que yo plasmara, que veía más interesante y atrayente. La mañana se pasó volando, era increíble, las tres de la tarde y parecía que no habían pasado ni dos horas. Comimos juntos en un restaurante cercano pues allí, solían comer muchos trabajadores de las diferentes cadenas. Con Samuel charlaba y parecía que se paraba el mundo de la paz que transmitía, nos añadimos al Facebook y nos despedimos hasta el día siguiente. Llegué al apartamento y me duché, pensando en Samuel, no porque me gustase como hombre, pero sí como persona, lo admiraba, me encantaba oírlo hablar de sus viajes y de sus constelaciones astrales. Tenía un comentario de Samuel en Facebook, que me hizo gracia.

“Es un placer conocerte, gracias por traer a Madrid la gracia del sur”

Le di un “me encanta” y por supuesto, le contesté al comentario.

“El placer es mío por trabajar con alguien con tus conocimientos y de tanto nivel”

Volvió a contestar rápidamente.

“El cosmos y nosotros, conspiraremos para que todo se alinee y salga brutal”

Paul no salía de mi cabeza, lo estaba pasando “putas”, lo echaba muchísimo de menos. Sabía que esta vez era la definitiva y no volveríamos a estar juntos. La semana fue un poco caótica. Las mañanas eran distraídas y muy interesantes, me encantaba como estábamos llevando el trabajo, solíamos comer juntos y luego, cada uno para su casa. El viernes era el último día de trabajo y no pensaba moverme de Madrid, encima Samuel hizo de guía durante todo el fin de semana, me llevo a Chueca, al rastro, a los lugares emblemáticos y muchos sitios que no había visto anteriormente en mi visita a la capital.

Me levanté el lunes de muy buen humor, no se me quitaba de la cabeza Paul, pero ya estaba mucho mejor y los días volaban gracias al trabajo. Esa semana Javi me propuso vernos el fin de semana en su casa familiar de Mérida, también me dijo que se lo comentara a Samuel, pues sabía que estaba siendo un punto de apoyo importante para mí. Samuel no dudó en aceptar, por lo que ese viernes ya estábamos en el coche en dirección a Mérida para encontrarnos con Javi. Me contó sobre su vida personal y sus romances, me reí mucho, yo le hablé de Mark y de Paul, sin entrar en muchos detalles.

—Te falta un hombre como yo.

No supe si lo dijo en serio o en broma, pero solté una carcajada.

—Lo que me faltaba, otro hombre ... —dije riendo.

Una vez en Mérida, Javi con su gran sonrisa nos saludó y ayudó a sacar nuestras cosas del coche, nos acomodó en una habitación a cada uno y luego fuimos a cenar a un lugar con mucho encanto, verdura, parrillada y vino. Los chicos enseguida conectaron, aunque los dos tenían un carácter muy fácil, era imposible que se cayeran mal, charlaron animadamente toda la noche, así como al día siguiente que nos llevó a ver ese patrimonio de la humanidad, el conjunto arqueológico más famoso de allí. Fue un fin de semana relajado, bonito, con charlas muy simpáticas e interesantes. Me había venido muy bien esa escapada con mis dos amigos, ya que, a Samuel, ya lo consideraba como tal, algo me decía que sería uno de esos amigos como los que ya tenía, para toda la vida. La vuelta la hicimos después del desayuno, Samuel, estaba contento con esta visita y conocer a mi amigo, estaba feliz y decía que se había sentido en conexión.

Capítulo 21



Tenía esa mañana un correo de mi jefe dándome la enhorabuena por cómo se estaba realizando el proyecto, al que yo le tenía continuamente al tanto. Mi vida en Madrid no se me estaba haciendo difícil, cada momento tenía presente a Paul, pero ya me encontraba mejor, casi me había acostumbrado a estar sin él, aunque no lo había sacado de mi corazón, pero ya no dolía tanto. En la cadena muchos pensaban que Samuel y yo estábamos liados, nada que ver con la realidad y ni intenciones de ello, lo quería como un amigo y nada más. Ese fin de semana les prometí a mis amigos bajar a Cádiz, inclusive se lo propuse a Samuel, que, sin dudarlo, aceptó. Bajamos en tren y Lola, como siempre de guapa y simpática, nos recogió en la estación.

—Algo que se me olvidaba comentarte... —dijo Lola hablando en voz baja mientras Samuel compraba una botella de agua.

—Paul sigue en el grupo de wasap.

—Ya, es raro, pero bueno...

—Pues nada, que se salga cuando quiera —dijo dándome una palmada yendo hacia el coche porque ya venía Samuel. Fuimos a mi casa a echarle un vistazo, se la enseñé a Samuel y de allí, nos fuimos con Lola a su chalet de los Caños de Meca, donde ya nos esperaban Javi y Noemí. El fin de semana fue espectacular, lo pasamos en grande. El sábado hicimos una barbacoa en la que acabamos todos borrachos como cubas. Al día siguiente, nos llevaron a la estación y pasamos todo el trayecto durmiendo, estábamos agotados como niños chicos. Nos despedimos Samuel y yo hasta el día siguiente en el que nos veríamos en la redacción. El trabajo iba viendo en popa, cada vez se veía más adelantado y enfocado a lo que queríamos. Algunas tardes me perdía por la ciudad para ir de tiendas y comprar algún capricho. Rodrigo me enviaba siempre correos de felicitación y agradecimiento por lo que estaba haciendo y como estaba quedando todo.

Se acercaba el cumpleaños de una de las chicas de la redacción, se celebraba el viernes y ese día fue cuando conocí a Lucas. Lucas era el dueño de un gimnasio muy conocido en la ciudad, al ser frecuentado por grandes personalidades y gente del mundo del famoso. Era guapísimo, tenía un cuerpo de infarto y una cara de esas que hacen a los hombres irresistibles, como le pasaba a Paul. Lucas tenía treinta y ocho años, un pelo al aire que lo hacía de lo más surfero, charlaba con todos y en uno de esos momentos nos quedamos solos hablando.

—Tu acento es de lo más gracioso...

—Odio que me digan eso —puse los ojos en blanco y di un sorbo a mi Gin Tonic.

Las horas pasaban y Lucas no paraba de bromear, no se callaba ni a golpes, pero era muy simpático y amenizaba la velada. Samuel bromeaba a lo lejos haciéndome saber que Lucas quería algo conmigo, yo le ponía cara de que, para nada....

—El lunes empiezas en mi gimnasio —dijo en tono advertencia.

—Espero que no me estés llamando gorda —saqué mofletes.

—No, pero a pesar de estar buenísima, todo es mejorable —se hizo el interesante.

—¡Ay! Yo te meto...

—Lo que quieras —sonrió y puse los ojos en blanco.

—¡No puedo contigo! —solté una carcajada.

—¿Enamorada? —preguntó improvizadamente.

—Intentando desenamorarme —fruncí el gesto.

—¿Han pasado muchos por tu cama? —Tenía un descaro brutal, pero era gracioso.

—Aquí en Madrid, ninguno —sonreí con sarcasmo.

—Digo en general —arqueó la ceja.

—No estoy hoy para pensar —le hice una mueca.

—Estoy intentando averiguar la vida de la chica que será la culpable de que esta noche duerma en el calabozo.

—¿Qué dices?

—Déjame, estoy intentando averiguar por qué puerta sacarte sin que nadie me vea.

—Lo veo difícil —reí.

—Deja que piense... —se puso la mano en la barbilla. Me agarró de la mano y me sacó de allí ante la mirada de pocos amigos de Samuel.

—Nos vamos a un sitio de marcha que es genial —dijo parando un taxi y haciendo que entrara.

Llegamos al lugar y la música de bachata sonaba, me agarró y me quedé impresionada de cómo me llevaba, bailaba de muerte, era impresionante. Luego fuimos a pedir unas copas y me hizo darle mi número de teléfono con la excusa de que tenía que convencerme para ir al gimnasio. Bromeó toda la noche con que dormiría conmigo, pero bromeando, le deje claro que no. Aunque no me hubiera importado, aun no estaba preparada para ver en mi cama a alguien que no fuera Paul, así que me acompañó después de la velada al aparthotel en taxi y nos despedimos prometiendo estar en contacto.

-

Capítulo 22



Desperté pasada las cinco de la tarde, me duché y me preparé mi café. Tenía en la mente a Paul. Sin quererlo, en el fondo de mi alma albergaba esa pequeña esperanza de que algún día lo volvería a ver. En el móvil tenía una notificación de wasap de Lucas.

“Usted es la culpable de mi resaca”

Solté una carcajada.

“Usted dé gracias a Dios, de no estar detenido por mi secuestro, gracias a que me liberaste, no estás en chirona” Reí al mandarlo.

“Eso debemos hablarlo cenando, prometo que no existirá el alcohol durante la velada” Era descarado a más no poder.

“Pero otro día. Hoy estoy hecha un trapo y mañana trabajo” Me daba cosa no aceptar, pero no estaba ni de humor, ni en condiciones.

“Bueno pero mañana ve a mi gimnasio, estoy allí toda la tarde, no me falles”

Contesté sin dejar nada claro.

“Lo pensaré”

Esa tarde la pasé en el sofá sin ganas de nada, estaba deseando empezar la semana y quitarme las tonterías de la cabeza.

La llegada al trabajo ese lunes fue caótica. Samuel me trataba con indiferencia, estaba serio, sabía que no le había gustado lo sucedido el sábado cuando me marché con Lucas. Comimos juntos pero el seguía con ese semblante serio, luego nos despedidos y me fui al apartamento, me cambié y me fui en metro al gimnasio de Lucas, que al verme se puso de lo más contento.

—¡Dios mío! Viene a por otro secuestro —dijo mientras me abrazaba.

—No, vengo a ver esas mejoras que puede sufrir este cuerpo —le saqué la lengua. Pasamos a la zona de máquinas y me explicó unas tablas, mientras me obligaba a hacer de todo, al cabo de una hora estaba con la lengua fuera y

le dije que me rendía. Me duché en las instalaciones y luego nos fuimos a cenar. Entramos a una pizzería italiana de lo más bonita, me sorprendió el decorado ya que parecía estar en Italia, me trajo demasiados recuerdos. Nos reímos mucho y Lucas, insistía en que se merecía un beso, me dio la noche con eso. Luego me dejó en la puerta del apartamento y nos despedimos quedando volvernoss a ver en el gym.

Capítulo 23



Una llamada de Lola me despertó esa mañana.

—Perdona que te moleste, pero no puedo vivir sin contártelo.

—¿Qué pasa? —pregunté preocupada.

—Anoche me escribió Paul...

—¿En serio? —Las lágrimas comenzaron a salir por mis mejillas y un nudo en la garganta me apretó considerablemente.

—Me pidió disculpas, se sentía mal por no haberse despedido de nosotras, me contó que la situación que estaba viviendo era muy delicada e iba a ser muy largo todo, que no pensaba hacerte pasar ese mal trago y prefería sufrirlo todo él solo. Me quiso transmitir que nunca había jugado contigo, que te amaba con todas sus fuerzas pero que no podía arrastrarte a algo que no te pertenecía.

—Qué fuerte... —dije sin dejar de llorar, me sentía impotente.

—Le dije que no lo juzgaba, que cuando estaba contigo lo vi tratarte bien, pero como mi amiga que eres, y el cariño que te tengo, me dolía verte sufrir con su partida, también que como no sabía de qué iba el tema, no podía opinar.

—Sigue contándome —imploré.

—Me dijo que, si alguna vez te hacía falta algo, que no dudara en hablar con él que lo resolvería inmediatamente. Sabe que estás en Madrid y te está siguiendo por Facebook. Estuvimos hablando un par de horas.

—¿Te dijo algo más?

—Que te escribe a diario, pero nunca llega a mandar el mensaje, no quiere hacerte más daño del que te hizo, él está mal, en tratamiento, toma pastillas para dormir. Ya no sé más nada, es todo lo que hablé con él.

—Gracias, te quiero, me voy a trabajar. Mandé un mensaje a Samuel, diciendo que estaba indispuesta, me cogí el día libre, me dijo que no había problemas. Me tomé un café y me senté en el sofá, vi que Paul estaba

conectado y no lo pensé dos veces, le escribí...

“Buenos días, Paul ¿Cómo estás?”

Rápidamente se puso las dos rayas en azul, así que lo vio y vi que escribía.

“Respiro, no es poco...”

Se me cayeron las lágrimas de nuevo.

“No me vale esa respuesta. ¿Dónde estás?”

No tardó en responder.

“Barcelona...”

El corazón me dio un vuelco.

“¿Con ella?” Esperé impaciente la respuesta.

“Vine de Estados Unidos para arreglar un tema fiscal, ella se quedó allí, en dos días regreso”

Las lágrimas me estaban cegando. “¿Os habéis reconciliado?” Tardó en responder y eso me puso nerviosa.

“No. Pero estar allí con ella forma parte del pacto, no me lo esperaba, pero tengo que estar, al menos de cara al mundo”

No dudé en escribirle claramente. “¿Desde donde sales para a Estados Unidos?” “Mañana voy a Madrid y pasado mañana salgo en un vuelo desde allí”

“Tenemos que hablar, tenemos que vernos”

No podía ser de otra manera, le pedía a todo lo impensable que aceptara.

“Te va a causar más dolor” “Estoy en el aparthotel del centro comercial Novo Center, a las tres de la tarde te espero en el bar de aquí, mañana nos vemos”

Ahí terminó la conversación, lo iba a volver a ver, eso para mí era mucho, más de lo que nadie podía imaginar, pero sobre todo necesitaba hablar con él, algo que me diera fuerzas para entender lo que estaba pasando, sobre todo por su mente. A medio día vino Samuel tras el trabajo a verme, me abrazó y estuvo un rato conmigo antes de irse para que yo descansara. La tarde la pasé pensando en el reencuentro, hasta que me llegó por la noche un mensaje de Lucas, diciéndome que había hecho trampa y no había acudido al gimnasio. “No me encontraba bien y mañana tengo un compromiso. De todas maneras, ahora no puedo explicarte, espero que me comprendas. Nos vemos en breve” Me respondió como con algo de tristeza.

“Solo espero volverte a ver algún día”

Parecía que tenía un sexto sentido y que entendía que no iba a volver, la verdad es que, por ahora, lo que menos tenía en la cabeza era ir al gimnasio y para que mentirnos, mucho menos ganas.

Capítulo 24



Llegué a la cadena y Samuel, me recibió con una fiesta, como si llevara un siglo sin verme, me hizo mucha gracia. La mañana la pasé pensando en el encuentro con Paul, estaba muy nerviosa y a la salida me despedí de Samuel, prometiendo comer con él otro día. Llegué al hotel, aparqué y vi a Paul, sentado en la terraza con una copa de vino, estaba bastante delgado y desmejorado, daba penar ver como estaba, con el gran hombre que era. Me vio y se levantó, se me cayeron las lágrimas y nos abrazamos fuertemente.

—No llores —dijo mientras no dejaba de besar mi cabeza.

Nos sentamos, pero ni queríamos comer, solo tomamos vino, me dijo que tenía en mi planta una habitación reservada.

—¿Qué paso? —pregunté a lágrimas sueltas.

—La vida... No me lo está poniendo fácil. Mi vida eres tú, cuando subes una foto a Facebook, aunque sea con otras personas y me duela, pero verte a ti es lo que me da la vida.

—Cuéntame todo, te juro y te firmo, que jamás contaré nada, pero ayúdame a entender todo esto.

—Creo en ti sin necesidad de tener que firmar nada, pero no puedo, no debo implicarte en algo que te hará mucho daño, estoy seguro que vivirás mejor ajena a todo esto. Entiéndelo, por favor... —Se le cayeron las lágrimas.

—Necesito saber que pasa, me estoy volviendo loca. Vamos a mi apartamento —dije llorando.

Subimos y preparé café, nos sentamos en el sofá y me eché sobre sus brazos,

necesitaba abrazarlo y sentir que estaba ahí.

—No puedo verte así —dijo ahuecando su mano en mi cuello y besando mi frente.

—Quiero hacerlo, necesito hacerlo —dije provocándole una sonrisa.

—No quiero hacerte más daño —su rostro cambio a serio de nuevo. Me apretó contra él y comenzó a abrazarme y a acariciarme, a tocarme como solo él sabía hacer, solamente quería eso, sentirlo dentro de mí. Me penetró mirándome con dolor, se movía en mi interior con los ojos humedecidos, con movimientos llenos de cariño, más allá del sexo, aquello era como una despedida y me desgarraba el alma, pero lo necesitaba. Estaba muy delgado, había perdido mucho peso, podía notarlo, aunque era todo fibra, se le notaban esos kilos de menos. Su mirada me traspasaba el alma, aquello era una sensación de dolor y placer que hacía que aquel momento fuera extraño. Deseaba que nunca se apartara de mi lado. Terminamos y decidimos salir a cenar por Madrid, eso de estar encerrados nos iba a hacer mal. Llamó a un restaurante y reservó mesa. Al llegar, observé que era uno de esos lugares donde se debía ir una vez en la vida. Estábamos cenando y le llegó un mensaje que le cambió el gesto, se puso pálido y me preocupé inmediatamente.

—¿Qué pasó?

No paraba de tocarse el pelo, no reaccionaba y en un momento puso el móvil mirando hacia mí para que leyera ese mensaje, era de Salma.

“Mañana regreso a España, llegó la notificación y esto puede demorarse hasta dos años, paso de aguantarte, ni de que me tengas que aguantar, puedes seguir haciendo tu vida. Suerte”

—No entiendo nada... —dije poniéndome nerviosa, pero prediciendo que no tenía que volver.

—Pues no tengo que regresar, lo que fuimos a solucionar se va a demorar por lo visto bastante —dijo poniéndose las manos en la cara apoyado sobre la mesa.

—Quédate conmigo —dije separándole las manos.

—Volverá a pasar y me tendré que ir otra temporada, cuando llegue el momento —las lágrimas no dejaban de caerle, menos mal que estábamos en un rincón del restaurante y él estaba mirando hacia la pared.

—No quiero hacerte daño.

—Me vas a matar si no te quedas y más, sabiendo que estás de nuevo medio libre —dije llorando y enfadada.

—Quiero estar contigo —dijo agarrando mi mano.

—Me queda aún por acabar el proyecto, pero haz lo que puedas para quedarte aquí conmigo, no me dejes —dije sin dejar de llorar.

—Tengo sede aquí en Madrid, me voy a trasladar hasta que tú acabes, no te voy a dejar sola —dijo dándome un beso en los labios y le di un abrazo.

—Déjame hacer una llamada para que cancelen lo de mañana. No sé a quién llamé, pero le dije que cancelara el vuelo y que le trasladaran los expedientes a su correo que se ponía en activo desde Madrid, donde se quedaría unos tres meses. Salimos de allí y nos fuimos al aparthotel.

—Necesito saber si tenéis algún apartamento más grande que el de ella libre para los próximos tres meses —dijo al chico de recepción.

—Tenemos dos. ¿Os lo enseño?

Se me escapó una sonrisa, aquello sonaba a que me iba con él al suyo. Nos enseñaron dos y me preguntó cuál prefería.

—Este —dije refiriéndome al último.

—¿Podríamos cambiarnos ahora mismo?

—Claro, lo que pasa que el de ella, está pagado hasta final de mes que renuevan contrato y eso no sé si podrán devolverlo.

—No pasa nada, yo me hago cargo de este y del otro que no cobren más ya que lo dejamos. Firmé para recoger las llaves y fuimos a trasladarlo todo al nuevo y precioso apartamento. No me lo creía, estaba más que feliz. Esa noche dormí como hacía mucho tiempo que no dormía, llena de amor y entre sus brazos.

Capítulo 25



Llegué a la cadena de lo más feliz del mundo, puse al tanto a Samuel de la vuelta de Paul a mi vida, él sabía algo, aunque no todo. Se puso muy contento y pasó toda la mañana bromeando. Paul iba a ir a su sede y llegaría más tarde, aproveché para ir al super y hacer una buena compra. Llegué a casa y preparé un estofado, necesitaba que Paul cogiera fuerzas y, sobre todo, peso, se había quedado demasiado delgado.

—¡Joder!, como huele... —dijo abriendo la puerta.

—Pues a comer —le di un abrazo y puse los platos sobre la mesa.

—Quería hablar contigo... —dijo probando la comida y poniendo cara de placer.

—Mientras no sea nada malo... —Le saqué la lengua.

—No, vida. Es que las navidades son en breve ¿Te dieron vacaciones?

—Sí, dos días antes de navidad, estaré libre y no vuelvo hasta después de reyes.

—¿Planes?

—Imagino que, como tú, cenar un día con la familia.

—Te propongo algo... —dijo con aire interesante —Claro.

—Había pensado en bajar dos días antes de navidad, nos quedamos esa noche en tu casa, al día siguiente salgo para Málaga, a pasar la cena de nochebuena con mis padres y tú con los tuyos, al día siguiente te vienes a Málaga y comes con nosotros y así volvemos para Madrid en tu coche. ¿Qué te parece?

—¿Comer en tú casa, yo? —pregunté flipando.

—Sí, así le quito a mi madre esas ganas de conocerte. Tranquila —sonrió.

—Está bien... —dije poniendo gesto de terror.

—Luego volvemos a Madrid que tengo una sorpresa.

—Cuenta, cuenta —dije intrigada.

—No, tendrás que prepararte bien elegante para la noche de fin de año — me hizo un guiño—. Por cierto, esto está de muerte —hizo gesto de placer provocándome una sonrisa.

Mi teléfono comenzó a sonar y era Lucas. Rápidamente lo silencié.

—Cógelo —dijo señalando el teléfono.

—Ya volverán a llamar —improvisé.

—¿Quién es él que te está llamando? No me suena el nombre de, Lucas —dijo en tono seco.

—Lo conocí en un cumpleaños y fui un día a su gimnasio —dije quitándole importancia.

—¿Algo más? —Su cara me sorprendió pues ese semblante era la primera vez que me lo ponía.

—Cenamos un par de veces...

—¿Y?

—Y nada más. Además, me dejaste, no entiendo tu tono y rostro. ¿Qué querías? No, no me acosté con él, pero si no hubieras aparecido, quizá sí hubiese pasado —me levanté de la mesa cabreada. Salí a la calle a fumar un cigarro porque estaba de los nervios. No entendía a que venía aquello, él me había dejado. ¿Qué quería ahora que yo guardara los santos toda la vida? Me parecía injusta su actitud.

Cogí un taxi y fui a ver a Lucas, me tomé un café con él y le conté que había vuelto Paul, sabía poco de él, pero algo sabía. Me decía que no me veía feliz, pero no le quería decir que era por la que se había liado por su llamada, solo le pedí que, por favor, no me llamara en un tiempo para no tener problemas.

—Te prometo que un día contactaré contigo.

—¿Puedo preguntarte algo? ¿Sentiste algo por mí en algún momento? — Me llegó al alma esa pregunta.

—Sí y estaba segura de que pasaría algo entre nosotros —dije en un arranque de sinceridad. Nos abrazamos y despedimos, me deseó toda la suerte del mundo.

Volví en taxi, quería que todo estuviera bien con Paul, lo amaba y no quería estar mal con él.

—Hola —dije al entrar.

—¿Dónde estuviste? —preguntó apretando la mandíbula.

—Salí a despejarme...

—Que... ¿Dónde estuviste? —volvió a preguntar muy enfadado.

—¡Donde me salió del coño! —dije cabreada, pues me estaba sacando de mis casillas. —¡Mira! —Me enseñó su móvil con una foto mía y de Lucas, de hacía un rato cuando estábamos tomando el café. Me descompuse...

—¡¿Me has estado siguiendo?!

—Pues Salma llegó hoy a Madrid y se quedaba unos días, salió a tomar café y mira que bien que te vio —su tono era sarcástico—. cuanto más grande es la ciudad, más corta es la mentira.

—¿Dé qué cojones me conoce ella?

—Te conoce...Le advertí que mientras el pacto estuviera en stand by, estaría contigo —dijo en tono muy enfadado.

—Qué rabia me da que siempre sea ella el motivo de toda la mierda...

—Tú eres la que estabas con él, y tú eres la que no le cogiste el teléfono delante de mí. —Fui a hablar con él ¡¡¡Maldita sea!!! A decirle que no me llame más, que quiero estar contigo.

Se fue a la ducha y se metió en la cama, un rato después fui a acostarme y lo abracé, pero ni siquiera se giró, eso me partió el alma. Por la mañana me desperté y me recosté en su pecho.

—Buenos días —dije con la esperanza de que estuviera de mejor humor.

—Buenos días —su tono era seco, pero me quedé abrazada a él. Nos levantamos y preparé dos cafés, luego me acercó al trabajo y ni siquiera me dio un beso. Entré con un nudo en la garganta increíble, se lo conté a Samuel y estuvo toda la mañana dándome muestras de cariño e intentando relajarme. No atinaba ni con el trabajo, estaba ida, pensando en la mierda de pacto y de vida, no era justo que ahora que era feliz con ese hombre, hubiera algo que nos iba a mortificar durante mucho tiempo, e incluso se podía cargar hasta eso tan bonito que sentíamos los dos. A la hora de la salir estaba Paul esperándome y nos fuimos a comer a un restaurante, no me dio ningún beso y casi ni me habló. Al llegar lo recibió la encargada, se conocían de más veces y comenzaron a charlar, sin ni siquiera presentarme, aproveché un silencio para pedirle una botella de agua.

—¿No puedes esperar a que acabemos de hablar? Ya tienes una edad para ser tan impertinente —dijo Paul ante mi asombro y provocando que sacara fuera, todo lo que había dentro de mí.

—¡Vete a la mierda! —dije con gesto de ahí te quedas —No merece la pena ese asqueroso Paul, que vive ahora dentro de ti —dije delante de ella.

Me intentó frenar, pero me solté violentamente y salí de allí llorando, me puse a caminar y llegué por inercia al gimnasio. Al asomarme, Lucas me vio y salió inmediatamente, me abracé a él llorando. Nos fuimos a la cafetería del día anterior y para mi asombro Salma, estaba entrando también, me quedé flipada, ya había puesto en antecedentes a Lucas.

—Tírame otra foto, hija de puta... —dije sacando todo el odio de dentro de mí.

—Uy estás mal, ¿no?

—Eres una mala persona, si le haces daño a Paul, te juro que vas a conocer lo peor de mí.

Lucas me sacó de allí y nos fuimos a tomar una tila a otro sitio, yo estaba que me moría de la pena, me desahugué y saqué todo lo que había en mi interior. Pasé la tarde con él, hasta que de repente recibí un mensaje de Paul.

“¿Dónde estás?” Me hizo gracia esa pregunta.

“Pregúntale a Salma” Eso le iba a doler, pero me importaba una mierda.

“Segunda vez que pregunto... ¿Dónde estás?”

Me estaba empezando a tocar las narices...

“Qué se lo preguntes a Salma. De paso le dices que la próxima vez, la mando directamente, a hacerse una cirugía” No tardó en contestar.

“Ponme tú ubicación” Apagué el móvil y le dije a Lucas que me iba, me acompañó hasta el metro y nos despedimos con un abrazo.

—Gracias por todo, Lucas...

—Aquí estaré siempre.

Cuando llegué al apartamento vi a Paul con cara de matar a alguien.

—¿Con Lucas de nuevo?

—Ajá, es mi amigo y necesitaba hablar con alguien.

—¿Y Lola, Javi o Noemí?

—Muy bien gracias —desvié la pregunta con ironía.

—O haces las cosas a mi manera, estando al cien por cien, o esto va a acabar muy mal...

—Yo al cien por cien y tú al cincuenta para mí y el otro cincuenta para la puta esa.

Eso lo puso como una moto, cogió el abrigo y se fue, dejándome tocada y hundida. Me metí en el baño y luego me tiré en el sofá hasta que llegó.

—Me estoy volviendo loco —dijo entrando y sentándose en el sofá—. No sé qué hacer con mi vida, no puedo exigirte nada, pero tengo miedo a

tenerme que ir y perderte, que te enamores de otro —comenzó a llorar como un niño chico —No quiero perderte nunca, no quiero hacer nada que te cause dolor, pero la estoy cagando.

Hoy te humillé sin razón y no debí hacerlo, aunque la hubiese tenido. Me estoy volviendo loco —rompió a llorar más aún.

—Vamos a luchar juntos, no lo dudes —dije abrazándolo fuertemente. Nos acostamos así, abrazados, llorando, en silencio, con dolor, con miedo, pero sabiendo que nos amábamos más que nada en este mundo.

Capítulo 26



Amanecemos abrazados y nos abrazamos mucho más al abrir los ojos, hicimos el amor sin hablar, nos necesitábamos el uno al otro de esa manera, en ese momento. Desayunamos juntos y estaba de lo más tranquilo, eso me gustaba, que volviera a ser él Paul que me hacía vibrar con esa personalidad tan arrolladora. Los días pasaban rápidos y Paul, volvía a ser el mismo de siempre, habíamos cogido el ritmo y todo iba viento en popa.

Por fin llegaron las vacaciones y esa mañana partimos hacia Cádiz. Ya en el coche, entró una llamada de Salma y descolgó sin pensarlo, obviando que estaba en manos libres.

—Dime —dijo en tono seco.

—Feliz navidad, solo era para avisarte que mis padres nos invitan a pasar el fin de año, ya me inventé una excusa.

—Vale. ¿Algo más?

—No, sólo felicitarte...

—Igualmente —colgó sin despedirse. Agarró mi mano y puso un tema precioso de Eros Ramazzotti, ignoré todo y no pregunté, pero me pareció una llamada de lo más patética. Esas cosas no las entendía ¿Para que tenía que llamarlo?, ¿para decirle que mintió a sus padres para no ir a la cena? Era algo ilógico y se notaba que, a ella, le gustaba ahondar en la herida.

Llegamos a Cádiz y nos quedamos en mi casa a dormir, no salimos de allí en toda la tarde, compramos algo antes de entrar y descansamos. Esa noche estuvimos de lo más eróticos los dos, jugueteando y haciéndolo en dos ocasiones, lo amaba y lo deseaba con todas mis fuerzas.

Llegó la mañana y vino un chico de su empresa para recogerlo y llevarlo a Málaga. Me despedí de él y me fui a casa de mis padres, donde pasé todo el día con ellos y mi hermana. Por la noche recibí una llamada de Paul, me retiré con la copa y el cigarro a la terraza.

—¿Y esta sorpresa?

—Felices Fiestas, mi vida...

—¡Oh, qué lindo! Esto no me lo esperaba —dije emocionada.

—Te echo de menos.

—Yo también, pero mañana ya tiro para Málaga, lo estoy deseando —sonreí.

—Bueno, disfruta de la familia.

—Hasta mañana, te adoro...

—Yo te quiero —rio y me colgó. Mi hermana me miró riendo.

—No seas mal pensada, es una compañera de Madrid.

—Ah, no sabía que te iban las chicas...

—¡Gilipollas! —solté una carcajada y le di una colleja. Esa noche dormí con ellos y por la mañana después de desayunar, salí hacia Málaga. Iba muy nerviosa por la comida en casa de los padres de Paul.

Al llegar salió la madre que me abrazó con intensidad.

—¡Qué de ganas tenía conocerte!, esos dos me tienen harta —me hizo un guiño.

—Hola... —sonreí emocionada y contenta por esa simpatía con la que me recibía.

—Déjame un poco —dijo el padre de broma, apartando a su mujer y abrazándome.

La comida fue divertida, me encantó verlos tan cómplices y unidos, su mamá hasta me pidió el teléfono, cosa me hizo mucha ilusión. Nos despedimos y prometí volver. Salimos hacia Madrid y llegamos tan tarde, que nos fuimos directos a la cama, aunque felices y relajados, sabiendo que nos quedaban muchos días libres por delante.

-

Capítulo 27



Desperté entre besos y caricias, sus manos comenzaron a jugar con mi cuerpo para luego poseerlo de manera sensual, de esa forma que tanto me gustaba, porque me sentía la mujer más afortunada del mundo.

—Las maletas, que nos vamos —dijo mientras preparaba el desayuno.

—¿Ya?

—Claro. Mete mucha ropa de abrigo.

—¿Nos vamos a Siberia? —le saqué la lengua.

—Más o menos —me hizo un guiño.

—Quiero saber dónde vamos —dije dando un trago al café que me había dado.

—¡Preguntona!

—Pues sí, pero no me vale de nada —puse los ojos en blanco.

Salimos hacia el aeropuerto y al facturar, descubrí que íbamos para París, me emocioné mucho. En el vuelo iba de lo más simpático, bromista e intrigante como siempre. Cuando llegamos, un coche nos esperaba, nos llevó directos a un hotel que estaba a los pies de la torre Eiffel, donde las vistas de nuestra habitación daban directas a ella. Cesta de frutas, champán y chocolates, eso nos recibió al entrar, sobre una mesa, con una pinta de miedo. Salimos a pasear, hacía mucho frío, pero yo llevaba un buen chaquetón, aunque la cara se me estaba congelando.

Entramos a comer a un restaurante.

—Quiero pedirte algo —dijo acariciando mi mano mientras con la otra sostenía la copa de vino.

—Adelante —sonreí.

—Cuando termines lo de Madrid, quiero que te vengas a vivir conmigo a Zahora. No quiero vivir pensando en lo que pasará, cuando llegue el

momento veremos cómo lo hacemos, pero ahora solo quiero estar contigo.

—Yo también —dije abrazándolo y llorando como una tonta.

El día fue precioso, paseamos, comimos muy bien en aquel restaurante y por la noche en otro, hasta llegar al hotel achispados.

—Tócate para mí —me soltó cuando me quedé en ropa interior para ponerme la camiseta para dormir.

—¡Ah no!, tócame tú... —solté una carcajada nerviosa.

—Tócate —dijo con una sonrisa pícaro.

Me senté en un sofá que había frente a la cama donde se encontraba Paul, sentado en el borde, comencé a tocarme y mordirme el labio. Vino hacia mí y comenzó a introducirme sus dedos y bajar con su boca para comenzar a lamerme. Hizo correrme en un asalto. Luego me volteó y me penetró agarrando mi pelo en su mano, de manera salvaje, pero muy placentera, con su otra mano pellizcaba mis pezones y a mí me volvía loca. A la mañana siguiente, después de caer rendidos la noche anterior por ese momento, me miró sonriendo.

—Hoy nos vamos de compras.

—Pagas tú —le dije sacando la lengua buscándolo.

—Por supuesto, no existe otra posibilidad.

—Por eso —solté una carcajada.

Después de desayunar, cogimos un taxi a las Galerías Lafayette, donde pasamos todo el día. Me compró un precioso vestido negro para la noche de fin de año, una gargantilla, pendientes, pulsera y anillo en oro blanco que eran de película. Intenté que no gastara mucho, pero no hubo forma. Los siguientes días fueron de película, viví un París desconocido de su mano, me enseñó rincones que no imaginaba que existieran en esa ciudad. La noche de Fin de Año, me sorprendió con una cena y la estancia de una noche en un crucero fluvial por el Sena. Fue el Fin de Año más mágico del mundo, la cena, esas copas en la fría cubierta exterior, aunque estábamos abrigados, pasamos un par de horas, estábamos como dos quinceañeros que no acaban de perder los nervios. Ese viaje a París, se había convertido en unos días para no olvidar jamás y donde Paul, era él en su esencia, lleno de atenciones y, sobre todo, lleno de vida, se le veía mucho más mejorado que cuando apareció. Volvimos a Madrid y terminamos los días que quedaban de fiestas. El Día de Reyes fue precioso, nos entregamos un montón de regalos el uno al otro y nos pasamos el día encerrados en el apartamento comiendo porquerías,

chocolatinas y pizzas que pedimos.

La incorporación al trabajo costó trabajo, pero ya estaba cada vez más cerca la hora de terminar el proyecto, algo que fue antes de lo previsto y en la cadena me prepararon una fiesta sorpresa. Esa noche lo preparamos todo para la vuelta a Cádiz, estaba deseando irme a vivir con él a Zahora, eso me llenaba de vida e ilusión. Lola me había contado que Francesco, se venía a vivir a Cádiz y yo aproveché para poner en el grupo que Paul y yo, nos íbamos a vivir juntos a Zahora. En esos momentos tenía la sensación de que comenzaba una nueva vida, esa que tanto había esperado al lado de Paul.

Capítulo 28



Estábamos colocando todo en la casa de Zahora cuando él me dio un sobre y me dijo que le faltó darme eso por Reyes. Me quedé muerta, eran unos billetes para Rivera Maya en la misma fecha que habíamos estado el año anterior en Tailandia, me puse a chillar como loca.

Llamaron a la puerta y un camión bajó una vespa rosa.

—¿Qué es esto?

—Es para ti, para cuando quieras moverte por aquí.

Comencé a dar saltos de alegría, me encantaba.

—No debiste hacerlo...

— Quiero que sepas que esta casa, la voy a poner a tu nombre, si algún día me tengo que ir, quiero que también te quedes aquí por si me esperas — dijo con tristeza.

—No hace falta, tengo la mía, no quiero que hagas eso.

—Lo haré.

Los días pasaron de lo más felices, hasta que llegó la hora de volver al trabajo. Un día al llegar a casa recibió un mensaje de Salma. Ahora estaba en plan borde, echando en cara de todo a Paul y comportándose de forma pesada y obsesiva. Otro día estaba duchándose y recibió un mensaje de Salma, al móvil. Solo pude leer el principio...

“Echo de menos los momentos que hemos tenido en América en la cama...”

Me puse a llorar de forma desconsolada y le dejé una nota en la mesa a Paul.

“¡Eres un cabrón! Estuviste acostándote con ella. ¿Eso era lo mal que estabas? Que canalla...”

Me fui a Cádiz, a mi casa, no quería saber nada de él, me sentía tonta, engañada. No dejaba de llamarme, pero no se lo pensaba coger. Dormí en mi casa y por la mañana al ir a la revista me lo encontré en la puerta.

— ¡Ni te acerques...! —dije con rabia.

—Necesito hablar contigo.

—Ya no, ya no vuelves a jugar más conmigo —dije intentando abrirme camino.

—Escúchame y me entenderás.

—¿Con el daño qué te hizo y te acostaste? ¡Eres un cabrón! No te vuelvas a acercarme a mí, ahora busca a otra para reírte.

Pasé el día llorando, desconsolada, mis amigos estaban al tanto y me escribían y llamaban consolándome. Javi pasó por mi casa a estar un rato por la noche conmigo. Inesperadamente recibí por Facebook un mensaje de Lucas, me puse a hablar con él y le conté lo engañada que me sentía y que había luchado contra una mentira. Me propuso que nos viéramos el fin de semana en Sevilla y acepté, necesitaba quitarme de en medio, cualquier cosa, menos ver a Paul, que precisamente el viernes cuando salí del trabajo para ir para Sevilla me estaba esperando.

—Alba, ven conmigo, necesito explicarme.

—No, ya no, no te voy a creer, siento decepción, dolor. No eres la persona que creía... —Te amo.

—¡Y a ella!, déjame eres un cerdo... —dije con odio. Me monté en el coche y antes de cerrar me dijo sus últimas palabras.

—Me lo merezco todo por imbécil, espero que no vuelvas a sufrir por mi culpa, sé feliz.

Ni contesté, arranqué y me fui directa a buscar la autopista para salir hacia Sevilla.

Al llegar, Lucas me abrazó consolándome, era todo amor, era todo lo que mostraba, me daba pena por todo lo que me había aguantado. Le conté toda la historia de mi vida, desde Mark, a lo de Paul, se quedó flipado. Estaba de lo más cariñoso y bromista, nos hicimos unas fotos y me pidió permiso para etiquetarme.

—Por supuesto, ya está todo el pescado vendido —dije muerta de risa, aunque estaba muerta en vida.

Subió una foto de los dos en la Giralda y puso un comentario.

“Con mi niña, mi gaditana favorita”

Me quedé helada al ver que el primer like era de Paul, encima con un comentario... “Cuídala”

Nos miramos y me hizo señas para contestarle...

“Por supuesto, como nadie nunca lo hizo”

Ahí le debió de entrar de todo a Paul, pero más daño del que me había hecho, no me podía hacer, así que ahora, viera el resultado de sus malas decisiones.

En el fin de semana con Lucas, pasó todo lo que no pasó en Madrid, besos, sexo de lo más tierno y bromista y un fin de semana donde me olvidé un poquito de casi todo, pero al menos hice aquello que me apeteció, aunque estaba muerta y llena de dolor. Nos despedimos quedando en volver a vernos. Me hizo jurárselo.

Al llegar a casa vi que tenía en el buzón, una carta de Paul. Me preparé un café y me senté a leerla.

“Estimada Alba. Perdón por todo, por el daño que te he causado, por todo lo acontecido y por lo que te arrastré sin derecho a ello. Hoy tengo la necesidad de contarte algo, no todo, pero si una parte del pacto y del por qué, de las cosas. Estuve en los brazos de Salma, sí, pero te amaba a ti. Salma se moría, por eso me fui a Houston, juré que la cuidaría hasta el final de sus días, era una parte del pacto. ¿Recuerdas el día que te vi en el centro comercial y yo estaba con ella? Ella llevaba un pañuelo en la cabeza. No era por moda, ni por estilismo, recayó en su grave enfermedad y por eso me fui con ella a América, juré que pasaría sus últimos días a su lado, de cara a su familia estaría con ella hasta el final.

Esos días las garantías de vida eran nulas, ella estaba muy mal y quise hacer como si estuviera feliz a su lado y no por una parte del pacto, por eso me perdí en sus brazos. Pese a todo, merece morir dignamente, con sus fallos y virtudes, pero yo, no era quién para juzgarla, solo la quería apoyar de corazón.

Por cuidar a Salma, dejé de cuidarte a ti. Te pido perdón por todo, me merezco esto, pero quiero que sepas, que te he amado y te amo con toda mi alma.

A Salma, la sometieron a un tratamiento a vida o muerte y salió adelante como una campeona, el resultado es que me pude quedar contigo en Madrid,

gracias al mensaje que me envió donde decía, que le habían dado momentáneamente el alta porque había respondido al tratamiento. No sabes lo que te quiero, no te lo puedes ni imaginar. Yo vivo atado a un pacto más grande aún, pero ese me ataña a mí. A ella la voy a cuidar cuando recaiga siempre, se lo juré y firmé. Aunque me cueste la vida lo haré.

Ahora sé que estás con otro y te juro que, aunque me desgarrar el alma, quiero que seas feliz, que te cuide como yo no he sabido hacerlo y que te de esa tranquilidad que yo no pude darte. Espero que un día podamos saludarnos sin dolor, con un bonito recuerdo de todos los momentos que pasamos y que creo que fueron de lo más felices. Te voy a llevar siempre en mi alma. Te querré siempre. Qué seas muy feliz.

Paul.

cada libro, cada volumen
que ves aquí, tiene un alma
el alma de la persona que lo escribió
y de aquellos que lo
leyeron, vivieron y soñaron con él.

